

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES. . . . 4 RS.
 POR TRES MESES. . . 10
 POR UN AÑO. . . . 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES. . . 12 RS.
 POR SEIS MESES. . . 24
 POR UN AÑO. . . . 50

RENATA.—ANECDOTA DEL JURA.

I.

EL BIEN LLEGA CUANDO SE ESTA DURMIENDO.

Francisco Perisard y Juana, su muger, habitaban en el Jura una casita situada junto al camino real de Francia. Eran pobres y no tenían hijos. Carnicero durante el invierno, y segador y agostero en la recolección. Perisard vivía por el día en el campo, alquilando sus brazos, según la estación, en la montaña ó en la llanura. Una noche que dormía profundamente, según su costumbre, se despertó vivamente sacudido por su muger.

—¡Francisco, que llaman á la puerta!...

—Tú sueñas, Juana.

—Escucha, fija la atención.

Juana se sentó, y Francisco, aplicando el oído, conoció que su muger tenía razón. Levantáronse, y se asomaron á la ventana. Como estaban en el piso bajo, la persona que llamaba pudo acercarse á ellos, y colocando en el antepecho un lio, les dijo:

—¿Sois los Perisard?

—Si.

—Pues ved ahí un depósito que se desea confiar á vuestra humanidad: mirad de lo que se trata, y aguardad la respuesta.

Después de asegurarse de que Perisard tenía el envoltorio en las manos, el desconocido se tapó la cara con el embozo de la capa, y se arrojó á la pared. La noche estaba muy clara, y permitía ver un coche parado á algunos pasos de distancia.

Juana se apresuró á encender luz, y ambos esposos quedaron sorprendidos al ver en un elegante canastillo un hermoso niño dormido. Sobre las mantillas tenía una bolsa de oro, y un alfiler sujetaba al pañal de finísima tela, la siguiente carta que Perisard consiguió leer á su muger aunque balbuceando á cada palabra:

«Sabemos que sois gentes honradas, y que Dios no os ha dado hijos: os suplicamos, pues, que recordéis esa niña: cuando pueda hacer la felicidad de sus padres, no quedareis olvidados.

A aquel sencillo ruego, la niña, como para hacerle más patético, añadió algunos sollozos, y Juana se enterneció hasta derramar lágrimas. No vaciló un momento en recibir á aquella criatura. Francisco habría deseado promesas más positivas; mas no dejó de parecerle ventajoso el negocio, y cuando el extranjero, siempre embozado en su capa, se aproximó, los dos esposos le dijeron:

—Recibimos la niña.

Con lo que estrechándoles vivamente la mano, corrió al carruaje, en donde su regreso hizo prorumpir en amargo llanto á una muger; pero el cochero dió con la fusta á los caballos, y desaparecieron los viajeros.

—Esto principia bien, dijo Perisard contando la suma, mientras que Juana, ocupada enteramente con la niña, la daba algunas cucharadas de agua con azúcar.

—¡Mil francos! exclamó el marido.

—¡Pobre angelito!... suspiró la muger.

Durante el resto de la noche, estuvieron hablando de lo que tenían que hacer. La soledad en que vivían de la edad de Juana, les permitían presentar la niña como si fuese suya: resolvieron no tomar nodriza, para no inducir sospechas, y comprar al día siguiente una vaca que era lo que les tenía más cuenta.

—¿Y qué nombre pondremos á la niña? dijo la buena Juana.

—Veamos cual es el santo del día, contestó Francisco.

Miro el almanaque y viendo que era San Renato, dijo, se llamará Renata.

II.

UN CALDERERO.

En la aldea causó mucha admiración ver á los Perisard comprar una vaca, utensilios, algunos muebles, y aun un poco de terreno, para vivir con más comodidad, mas no pudieron adivinar su secreto. Tal vez les habría caído la lotería, ó correspondido alguna herencia. ¿Se habrían encontrado oro?... Esta última suposición era la más acreditada: los aldeanos de aquellas montañas han creído siempre que contienen riquezas inmensas, y algunos las buscan todavía.

Dos años habían trascurrido sin ningun acontecimiento notable. Renata iba creciendo, era muy bonita, y Juana enloquecía de contento: pero con el tiempo se iba resfriando el celo de Francisco.



Renata y su cabra.

—¿Qué haremos, decía algunas veces con aire pensativo, cuando se nos concluya esa cantidad?

Una tarde hallándose sentado á la puerta de su casa, pasó por delante de él un calderero viejo, y le ofreció su mercancía. Perisard, después de echar una ojeada á aquella brillante batería de cocina se encogió de hombros, como para darle á entender que en un menaje como el suyo, las cacerolas de cobre serían un lujo que sentiría muy mal. El anciano se sentó á su lado exhalando un profundo suspiro.

—¿Estais cansado? le dijo Perisard.

—Si, recorro todo el país, gasto zapatos y no vendo nada. Si gano algo se queda en la posada. Afortunadamente algunas gentes honradas suelen concederme hospitalidad.

—¿Queréis pasar la noche en mi casa?... dijo el cortador, conmovido con el tono melancólico del anciano.

—Con mucho gusto. El cielo os bendiga.

—Pues bien: entremos y sentémonos junto á la lumbre: las noches van ya siendo muy frías.

Juana miró á su huésped con desconfianza: los caldereros han tenido á veces en las aldeas muy mala reputación, debida sin duda á sus manos ennegrecidas y costumbres vagabundas. Pero el anciano saludó á Juana con un aire tan dulce, sonriéndose á través de su barba encanecida, que la buena muger se tranquilizó

inmediatamente: dirigióle algunas palabras de bienvenida, cuando la interrumpieron unos gritos que salían de la habitación inmediata. Era Renata que se había despertado, cuando acababa de cocerse la sopa é iba á ponerla en la mesa.

Juana corrió á donde estaba Renata, mientras su marido servía la frugal comida. Sentáronse á una mesa tosca.

—¡Oh que niña tan hermosa! dijo el anciano, viéndola en los brazos de Juana.

—Una niña, contestó la muger, que acaba de entrar en el tercer año. El calderero procuró llamarla la atención y se sonrió; pero Renata después de fijar un momento en él ocultó sus ojos, ocultó su rostro llorando en el pecho de Juana, que se vió obligada á llevarse la porque sus gritos y su llanto se redoblaban cuando el extranjero se acercó á ella para acariciarla.

Manifestó su sentimiento por el disgusto que había ocasionado, y las excusas que dió, le permitieron continuar la conversacion acerca del asunto ó motivo que le había producido. Juana, que no conocía otro que la complaciese más, estuvo hablando por espacio de una hora entera de las proezas de Renata, de sus gracias, y de sus primeros dientes.

El calderero la escuchaba sin que al parecer le cansasen aquellos pormenores: Perisard le hizo atentamente la observacion de que tenía más necesidad de reposo que de semejantes narraciones, y escusándose de que no podía ofrecerle más que un lecho de paja en el establo, le condujo al lado de la antigua nodriza de Renata. El extranjero se acostó con aire de satisfacción, y dió las gracias y las buenas noches á su patron con alegre semblante.

A la mañana siguiente, Juana, agradecida á la complaciente atención del anciano, no quiso dejarle marchar sin desayunarse, y le sirvió manteca fresca con café y leche. La niña dormía aun, pero Juana quiso que su huésped la volviese á ver antes de partir.

—¡Adios niña!... la dijo á media voz. A pesar de tu susto de ayer noche, quiero que tengas algo mío en tu sueño. Por desgracia no trabajo más que en cobre, y no soy platero: valga lo

que valiere hé ahí una cafetera que os ruego acepteis para ella. Es un poco pesada pero de un metal de la más superior calidad.

Al decir esto, el buen hombre colocó su regalo en una tabla en donde Juana tenía su vagilla, y salió con precipitación sin aguardar una negativa, ni las gracias.

Sus patronos le siguieron hasta la puerta, y se mantuvieron en ella mientras alcanzaron á verle: Perisard dijo al entrar:

—Si es tan generoso con todos los que le albergan, tendrá que andar mucho antes de enriquecerse.

Juana tomó la cafetera y después de haberla admirado, asombrándose de su pesadez la sacudió, lo cual la hizo conocer que contenía un cuerpo extraño: la abrió y sacó de ella un cartucho de monedas de oro.

—¿Qué es esto? exclamó.

—Un recuerdo de los padres de Renata, contestó vivamente Perisard.

Ya no les quedó duda alguna cuando contaron la cantidad y encontraron mil francos como la vez primera.

—Muy bien, dijo el carnicero: quinientos francos por año; ya es algo.

III.

UN ARTISTA.

Seguros de que no los olvidaban, los Perisard redoblaron su celo con la niña; pero debieron estar sobre aviso para no dejar traslucir su bienestar; y verdaderamente no era lo más prudente el darles oro. Francisco tuvo que hacer espresamente un viaje á Besanzon para cambiarle. Le gastaron con las mismas precauciones que si fuese un dinero robado. Por lo demás, la educación y el vestido de Renata, eran correspondientes á una aldeana.

Pasaron dos años y nuestra gente esperaba otra visita: al acercarse el día del aniversario estaban acechando á los pasajeros; muchos habian sido objeto de sus interesadas atenciones, y se habian marchado sin dejarles más recuerdo que las gracias. Aquellas equivocaciones resfriaron el celo hospitalario de los Perisard, pero no disminuyeron su curiosidad. Todo extranjero que parecia observar su morada, era también observado. Parecia que con escudriñadora mirada querian decirle, ¿sois vos? Por fin, sin distraerse por más tiempo de sus ocupaciones, tomaron el partido de aguardar con paciencia una nueva visita de la fortuna.

No podian presumir que se presentase bajo la forma de un pintor de barba rubia, que fué á recorrer el país, como habian encontrado otros que estaban estudiando los accidentes del terreno para dibujar paisajes. Este hizo el honor á la casita de Perisard, de copiarla en su album.

No era indigna de llamar la atención de un paisajista. Dominada por unas rocas escarpadas, estaba medio oculta en un huerto, cuyos envejecidos árboles formaban masas pintorescas. Brotaba con fuerza una fuente al pie de un tronco que se elevaba oblicuamente de la tierra, y cubierto de musgo. El agua era recibida en un canal de encina, pero tan viejo, que la vegetación le habia cubierto de yerba hasta el borde; el agua corria por allí hasta un estanque por el cual andaban unos patos entre los cañaverales.

Las demás dependencias de la granja estaban situadas alrededor, y parecia que la disposición natural del terreno habia marcado el sitio de cada una: aquí se veia el jardín, allí un corral, y más lejos un colmenar con esposicion al levante, resguardado por algunos girasoles.

Colocándose en el punto de vista más favorable, se descubria una perspectiva encantadora; bosques de abetos, masas de rocas calcáreas de formas abruptas, y á lo lejos las azuladas aguas de un lago y la nieve de los Alpes.

Renata, ocupada entonces con sus gallinas, no habia visto al dibujante. Cuando le descubrió permaneció un tiempo inmóvil mirándole, y después se acercó á él con curiosidad y timidez dando un largo rodeo: la parecia que no la veian. En fin, la curiosidad la hizo llegar hasta donde estaba el artista. Con el dedo puesto en los labios se levantó sobre las puntas de los pies, adelantó suavemente la cabeza, y maravillada de lo que veia, comenzó á correr hácia la casa gritando:

—¡Mamá, mamá, las gallinas y yo también!

Acudió Juana, y como Renata la cogía de la mano para llevarla al lado del pintor, éste se levantó y se dirigió á ella:

—Vuestra hija, la dijo, se encontraba felizmente parra mí, con sus gallinas durante mi trabajo, y se ha asombrado de reconocerse en este dibujo.

Como Juana le admiraba á su vez, el artista comprendia que la seria muy agradable tener una copia. La operacion fué muy breve, y Renata quedó sumamente complacida, al ver á su madre figurar con ella en el nuevo dibujo.

Francisco volvió del campo, y fué preciso añadir aquel tercer personaje para concluir el cuadro. Tanta deferencia y amabilidad, encantó á nuestras buenas gentes, y ofrecieron hospitalidad al atento dibujante, que no pudo menos de aceptarla. Mientras se preparaba la cena, trasladó á su album los objetos que veia en lo interior: Renata no podia contener su alegría, y durante la velada, distraida con la habilidad y divertida conversacion del extranjero, no tenia sueño. Sin embargo, la fué preciso obedecer á las repetidas órdenes de Juana, y renunciar á tan grande placer.

Cuando ya estuvo acostada la niña, el pintor se sentó junto á la lumbre con ademán pensativo. En las casas antiguas de aquel país, el cañon de las chimeneas es de forma piramidal, y se ensancha por la parte inferior hasta abrazar en su contorno ó vuelo una gran parte de la cocina. Aquella construcción no es la más á propósito para dar salida al humo, ni para difundir el calor, pero interesa como un antiguo recuerdo: aquella especie de dosel protector, ofreció durante largo tiempo á nuestros padres un ancho espacio para sus conversaciones. Allí se pasa todavia la velada, hablando de las faenas domésticas y de la recoleccion: allí se cuentan siempre sucesos maravillosos, y se forman proyectos de fortuna: también se reza allí mismo. Los dos esposos habian cumplido este deber en silencio; resonó de repente una voz que parecia venir de lo alto, y oyeron estas palabras, pronunciadas con tono grave y solemne:

—¡Animo, buena familia, vosotros sereis benditos!

Juana hizo un gesto de terror, Francisco se levantó y el extranjero los miró con asombro.

—¿Qué teneis, amigos míos?

—Señor, allá arriba...

—Pues bien...
—¿No habeis oido?...
—¿El qué?...
—Esa voz.
—¿Una voz allá arriba?...
—Sí, dijo Juana temblando, venia del cielo.
—¿Y qué es lo que ha dicho?...
—Buen ánimo, honrada familia, vosotros sereis bendecidos.

—Eso mismo, exclamó Francisco, no cabe duda: vamos á reconocer el desvan.

—Aguarda que quiero acompañarle.

Juana conmovida encendió el farol del establo. Subieron juntos, lo registraron todo y no encontraron nada. Volvieron á bajar á la cocina, y nueva sorpresa!... El huésped habia desaparecido dejando una bolsa encima de la mesa.

—¡Es claro!... hé ahí nuestros mil francos, dijo el cortador; al ver relucir las monedas de oro. Es preciso que yo sepa al fin...

Al decir estas palabras se disponia á salir, pero Juana le detuvo.

—No, no, Francisco, estate quieto, le dijo; ha marchado y no quiere ser conocido: respetemos su secreto.

—¿Pero á dónde va á pasar la noche?...

—No tengas cuidado: ya puedes calcular que habrá tomado sus medidas, y que sabia cómo habia de concluir esto.

—Pues bien, muger será un ventriloco?...

—¿Un ventriloco?...

—No puede ser otra cosa: como aquel que vimos en Salins el día de la feria.

—¿Quién lo habia de imaginar?... Hé ahí un modo bien particular de chancearse. Las gentes que nos envian los padres de Renata, son muy extravagantes.

Contada la suma, Perisard vió que estaba justa: era la pensión de dos años.

Lo más difícil era disimular como siempre su favorable y ventajosa posición. Los vecinos que ya se habian apercebido de ella, les trataban con poco comedimiento. En las aldeas, los indicios de un aumento de riqueza, escitan fácilmente la envidia y las sospechas, porque allí son muy raros los cambios de fortuna.

IV.

UNA SEÑORA DESCONOCIDA.

Al cabo de algunos meses, una señora de París, á quien los médicos habian mandado tomar los aires de las montañas, fué á pasar el verano en las inmediaciones. Madama de Varni era una muger de mundo, pero piadosa y bienhechora por inclinacion natural. Era aficionada á la música, y para distraerse en su forzada ociosidad, la ocurrió reunir las niñas de las cercanías, para hacerlas ejecutar algunos cánticos religiosos. Renata, aunque era muy pequeña, fué también convidada á aquellos egrecios, y bien pronto se hizo notar por su hermosa voz.

Cuando madama de Varni dejó el país, continuaron las lecciones de canto bajo la dirección de un eclesiástico celoso y de mucho gusto: Renata debió á sus cuidados y á los de la amable señora, un instrumento de felicidad. Al lado de la casa de Perisard, habia un prado cercado con un seto: Francisco le habia convertido en parque para sus cabras, y cuando se iba á trabajar, solia dejar á la niña cuidando el rebaño. Desde la casa, se la oia cantar sus himnos y oraciones, tegiendo coronas de flores: la buena Juana escuchaba con enternecimiento, y conservaba todas aquellas cosas en sí misma, colocándolas en el fondo de su corazón.

Un día cantaba Renata un himno matinal, cuya melodia era muy dulce. Cuando concluia, oyó una voz de muger detrás del seto, que decia, ¡ella es!... Apartó las ramas para ver quién estaba allí, y entonces se oyó llamar por su nombre. Subió con presteza sobre el tronco de árbol que servia de banco, y asomó su rubia cabeza por encima del seto. Vió á una señora, que alargándola la mano la dijo:

—Querida hija mía, ¿me quieres dar esa corona?...

Renata acababa de concluir la y se la habia puesto en la cabeza. Se la quitó y se avanzó para ofrecerla á la señora extranjera, pero ésta, alargando los brazos por encima del valladar, cogió á la niña, la sacó á fuera y sollozando, la estrechó largo tiempo contra su corazón. En fin, se sentó sobre el césped á la orilla del camino, hizo que Renata se sentase á su lado, sin cesar de apretarla las manos, de abrazarla, y fijar en ella sus ojos llenos de lágrimas. Después de largo rato de silencio, haciendo un violento esfuerzo, la dijo:

—¿Eres feliz, Renata?

—¡Oh! sí, señora.

—¿Te quieren mucho?

—Mis padres me lo dicen todos los días, y lo conozco muy bien.

—¿Te dejan sola?

—El prado está cercado con el seto, y mamá en casa.

—¿Quién te ha enseñado á cantar tan bien?...

Renata iba á contestar, cuando se abrió la ventana.

—Es mamá que me llama. Permittedme, señora...

Al decir estas palabras, la niña se escapó de sus brazos, pero la desconocida ya habia tenido tiempo de ponerla en el cuello una cadenita de plata, con un corazóncito del mismo metal.

Renata corrió á contar á Juana su aventura. ¡Qué sorpresa y que pesar para la buena muger!... Com-

prendió que habia dejado escapar la ocasion de conocer á la madre. La curiosidad la hizo llegar hasta el extremo del jardín, desde donde vió á lo lejos una señora rica y elegantemente vestida, que entraba en su carruaje. Apenas subió en él, los caballos partieron al trote largo. Entonces Juana examinó con más atención la cadena, y vió grabado en una de las caras del corazón el nombre de Renata, y por el reverso la figura de un niño de rodillas en actitud de hacer oracion.

Esta aventura hizo pensar mucho á la niña.

—¿Quién es esa señora? ¿quién la ha dicho mi nombre? ¿Por qué lloraba?... ¿por qué me habrá hecho ese lindo regalo?

Juana para dar un objeto fijo á sus pensamientos, la dijo que aquella hermosa señora era su madrina, que no queria darse á conocer todavia, pero que ya lo haria.

—¿Has observado su figura?... añadió.

—¿Con que tampoco vos la conoceis?...

—No nos hemos visto más que una vez, de noche, y por cortos momentos: ya apenas me acuerdo.

—¡Ah mamá!... es muy linda.

—Como tú, hija mía... decia entre sí la pobre Juana.

—Tiene rubios los cabellos y caen como estos.

—Como los tuyos, querida niña, pensaba la buena muger.

—Ojos negros, pero tan dulces... y cuando se sonrie ¡qué boquita más pequeña!...

—Es su retrato, murmuraba Juana enternecida. En fin, gracias á vos, Dios mio, han logrado verse un momento.

Francisco acababa de entrar con una carretada de yerba fresca. Se apresuró á contárselo todo, y no necesitó para ello más que un instante. Escuchaba sonriéndose, como un hombre, que por su parte, sabe cosas mucho más importantes. Le tocó su turno y cuando Renata salió para ver brillar al sol su cadena con el corazón:

—Muger, dijo, estaba á la punta del prado, por la parte de abajo, ocupado en segar yerba, cuando oí el ruido de un carruaje. Se paró cerca de mí, pero no volví la cabeza porque tenia prisa. Un cuarto de hora despues, yendo á recoger mi chaqueta y mis zapatos, que habia dejado al lado del seto, reconocí que efectivamente hemos tenido una nueva visita de nuestras gentes. He aquí lo que he encontrado en uno de mis chanclos;

Y la enseñaba un cartucho de oro.

—¡Ay mi pobre Francisco!... ¿no quieren dejarnos la niña?...

—¡Justamente; estamos pagados por dos años. Pero podremos volverlos á ver antes: con el dinero he encontrado esta carta.

«Amigos míos, estoy reconocido y satisfecho de vuestro cuidado. Sed prudentes y fieles, y tened paciencia: se acerca ya el momento, en que segun mi promesa, Renata hará vuestra felicidad, porque podrá hacer la nuestra. Adios.»

—¡Nuestra felicidad!... dijo Juana suspirando; ¿no la forma hace ya mucho tiempo?... Nos anuncian como una ventura un momento que yo no quisiera ver llegar jamás. Me pasaria muy bien sin su oro y sin sus visitas.

Francisco participaba de aquellos sentimientos. Renata habia ablandado aquel corazón naturalmente poco sensible; ni el marido ni la muger podian pasar sin ella. Por el día, los seguia al campo, y en medio de las escenas de la naturaleza, se entregaba á los impulsos de una alegría natural, que encantaba á ambos esposos: por la noche, les leia con fervor angélico libros piadosos. Se lisonjaban siempre de que no les quitarian á Renata, y que seria su beredera y el consuelo de su vejez.

Aquel era un nuevo motivo más, para que Perisard, bastante inclinado á la avaricia, tuviese la mayor economía. Pero la vista de su pequeño tesoro, á que apenas tocaba, le traia muy pensativo y embarazado. Luchaba deseado que los padres de Renata llegasen continuamente á su puerta para aumentar la suma y al mismo tiempo temia una visita que podia producir una separacion cruel.

(Se continuará.)

REVISTA DE MADRID.

Un suceso grande, sorprendente al par que horrible, y que ha merecido una publicidad extraordinaria, ha sido el único objeto de las conversaciones en los altos y pequeños círculos de la corte, interesados en él como toda la España; fácil es comprender que aludimos al asesinato de la señorita de Brunet, cometido la noche del 15 del corriente en San Sebastian, por el teniente de ingenieros don Antonio Vita; al hacer nuestra Revista no podemos desentendernos del hecho por más que sea ya muy sabido, habiendo hablado de él estensamente la prensa, pues el que suscribe este artículo, amigo del desgraciado Vita, segun lo ha hecho saber en los periódicos, ha tratado de vindicarlo ante la opinion pública de los ataques injustos que se le dirigian, efecto regular del juicio que se formaba en la ignorancia de la causa y bajo la impresion dolorosa del suceso. El teniente Vita era un jóven que gozaba de una reputacion acrisolada en el cuerpo que servia, tanto por sus brillantes disposiciones como por su pundonor: un vér-

tigo le hizo olvidarlo todo y sacrificar hasta su amor; pregúntese á sus gefes; pregúntese á sus compañeros; pregúntese, en fin, á cualquiera que haya hablado dos veces á ese infortunado que ha sabido echar en su nombre un padron de ignominia que no le perdonará el mundo; pregúntese, y no se oirán mas que elogios grandes y muy merecidos, pudiendo asegurar que ha costado trabajo creer este hecho porque en él era Vita el actor principal. Nuestra amistad no le disculpa; pero tampoco nuestra pluma le acrimina; porque no creemos que la mision del periodista sea la de presentar los hechos de un modo que aumenten la desgracia, porque una desgracia es y no otra cosa lo ocurrido en San Sebastian. En el momento del crimen, Vita no era mas que una furia exasperada por las pasiones desatadas que habian abogado la razon para que no vacilase. Los celos, el amor propio herido, la pérdida del objeto amado, produjeron en él una calentura, que al hacer su crisis habia de perder al individuo, poseído de un delirio, que no le dejaba libre ninguna facultad. Vita podrá ser un criminal, pero no un malvado, porque su golpe no fué un primer paso en la carrera del crimen; su alma no estaba despierta para la maldad: su alma se despedazaba en los brazos de la desesperacion que la habia de precipitar.

Hé aqui sucintamente los detalles anteriores al suceso. Muchos meses hacia que Vita sostenia relaciones amorosas con la infortunada señorita de Brunet, la cual supo corresponderle á pesar de la oposicion de su familia, que para distraerla la mandó unos meses á Madrid. La señorita de Brunet, fiel á su deseo y á su palabra, regresó firme en su pasion, y segun las cartas de Vita á su madre, debian casarse cuando saliese aquel á capitán, lo cual seria muy pronto, pues ocupaba el número uno entre los tenientes en la escala rigurosa del cuerpo. Dos dias antes del suceso en cuestion, se hallaba Vita en Azcoitia, cumpliendo con los trabajos de su comision, y escriben que recibió una carta de su amada en que le decia que todo habia acabado entre ellos; arrebatóle esta carta y corrió á la ciudad á averiguar la causa que le robaba todos los ensueños de su porvenir y la ilusion de su vida. Cuando llegó á San Sebastian (el dia 15), supo que la señorita de Brunet estaba prometida á otro, amigo de la familia, y en este dia, marcado como fatal por la mano del destino, estuvo Vita en la iglesia detrás de su amada, y la madre de ésta, viéndole demudado y fuera de sí, sacó á su hija del templo. Corre aquella noche al teatro no esperando hallar á la muger que siempre amaba, y al entrar en el salon la ve en brazos del hombre que la destinaban, siguiendo los giros del baile. En el alma de Vita se habia aposentado ya el demonio y acabó de perder la razon; la vehemencia de su cariño y los celos, esa locura espantosa, comprimieron su cerebro produciéndole la fiebre un vértigo continuado; entonces acaricia el crimen, creyendo en su delirio que es el único remedio á su mal y sale del baile exasperado y ciego; entra en su casa, se apodera de una navaja de rico trabajo que tenia como un objeto de lujo y vuelve al teatro, sin que mediara el tiempo suficiente para que la razon recobrara su predominio; una vez allí, se dirige á la victima señalada por el destino implacable y la sacrifica. Despues se reconcentra en si mismo, se horroriza y se entrega á la justicia: su calentura habia terminado, y al despertar de su terrible sueño encontraba bajo su pie la huella del crimen, encontraba sus manos teñidas en sangre.—¡Desgraciado! ¡fatal momento! Vita, al sacrificar á la señorita de Brunet, habia sacrificado su porvenir, sus ilusiones y la tranquilidad de su vida.

Un momento despues de cometido el crimen se acuerda de su infeliz madre, residente en Madrid, y con las lágrimas en los ojos y desgarrado el corazon le dirige una carta modelo que hoy repiten de memoria infinitas personas, y que no podemos menos de copiarla para que quede consignada en las columnas de nuestro periódico. Dice asi:

«SAN SEBASTIAN, 16 de agosto.

«Madre mia: he tenido la desgracia de estar loco el tiempo suficiente para cometer un crimen horrible; pero Dios me ha iluminado despues, y él hará que espando yo mi grave culpa pueda resignarme á la suerte que me esté destinada con la calma que debe proporcionar un verdadero arrepentimiento. Yo tengo ahora una gran confianza en que Dios querrá perdonarme y acogerme en su seno. Procure vd. calmarme su dolor para que no recaiga tambien sobre mi la culpa de haber hecho su desgracia. Piense vd. que demasiado tiene Dios que perdonarme, y aljere usted mis padecimientos, escribiéndome su conformidad y enviándome su santo perdon. Adios, madre mia; ruegue vd. á Dios por la pobre Maria, al mismo tiempo que por mí.—ANTONIO.»

La situacion del desgraciado Vita es lamentable, pues se encuentra muy abatido, come muy poco y en su ciego delirio solo desea unirse á la victima que sacrificó; su estado ofrece un cuadro interesante y doloroso; pasa el dia leyendo la Biblia, llorando sin consuelo y besando con frenesí los guantes que llevaba en el momento de cometer el crimen y que están manchados con la sangre de su adorada victima. Sus compañeros no le abandonan un momento y le prodigan con el mayor cariño los consuelos de la amistad, pudiendo asegurar que todo el cuerpo de ingenieros está lleno de dolor é interesado á favor de este infeliz. Las autoridades, que le apreciaban en extremo, han ido

á verle á la prision y para trasladarle de la cárcel al calabozo del castillo fué el gobernador de la plaza y lo llevó del brazo, no permitiendo que fuese entre soldados.

Es vivísima la inquietud del público por saber el resultado de este suceso infausto, que tiene interesadas en favor del reo, mas desgraciado que criminal, á todas las almas nobles y generosas que saben comprender la terrible influencia que ejercen ciertas pasiones sobre el triste corazon del hombre que le convierten á veces, sin conocerlo él mismo, en un monstruo feroz y sangriento. Su madre y su padre (que se ha trasladado á la corte desde Lérida, donde estaba empleado) no descansan un momento, apoyados por personas de valia para salvar la vida de su hijo y aunque no dudamos que lo conseguirán de la magnanimidad reconocida de nuestra reina y aun de la misma familia que no podrá echarse encima el borron de la venganza, comprendemos sin embargo que para un jóven como Vita, de pundonor y de ambicion, la vida será una carga, un sueño inquieto y continuo, una desesperacion sin consuelo; él lo dice ya: aborrece la existencia y tiene menos compasion de sí mismo que el público que sabe su crimen.

Nosotros, como amigos del señor Vita, debemos dar una expresion de gracias á la prensa que ha sabido vindicar la honra de aquel, ayudándonos á reconquistársela, pues la tuvo perdida algunas horas por la ligereza de algun periódico y de la opinion publica que execraba al autor del crimen: felizmente hoy execra el crimen, pero respeta á su autor, porque sabe los antecedentes y pone la cuestion en su verdadero lugar. La causa se sigue con rapidez y de real orden por el juzgado privativo, y seguros estamos que reinará un regocijo general el dia que se vea á Vita libre del cadalso que le amenaza, porque los hombres como él, aun en su posicion, no deben encontrar la palma del martirio en tan fatidico lugar. A Vita le bastará conservar la vida para sufrir el castigo de su atentado. Hoy nos limitamos á referir el hecho, porque opinando con un ilustrado juriconsulto director del *Faro nacional*: «son graves y dificiles las cuestiones juridicas á que da lugar tan extraordinario atentado, en el que por de pronto se descubre un crimen horrible perpetrado por un hombre, que ni por sus antecedentes era criminal, ni obró al parecer deliberadamente al dar la muerte á la muger que amaba. En justo respeto á la independencia del tribunal que conoce en estos momentos del hecho, no queremos anticipar reflexion de ningun género por mas que nos la inspire un sentimiento de humanidad y el deseo de debatir una cuestion de jurisprudencia penal que es de alto interés.» Este hecho es tanto mas triste cuanto que no ha sido el único en el mes actual, pues hemos visto otros en esta corte, en un pueblo de Aragon, y aun se nos refiere uno de Palencia. ¡Lamentables golpes para la sociedad!...

Apartemos la vista de este horroroso suceso y por mas que nos duela hacerlo, interesados en él como el que mas, cumplamos con nuestra mision de cronistas de *La Semana*. Desde nuestra última revista, pocas novedades hemos presenciado en la corte relativas á espectáculos; solo las funciones líricas del teatro del Drama, las ridiculas pantomimas de los monos sábios en el Circo de Paul, y dos noches de *Norma* en el Instituto, que harán época en los fastos teatrales, por la osadia de unos mal llamados cantantes que se atrevieron á llegar hasta la magnifica partitura de Bellini; pero desgraciadamente para ellos, pues los silvidos y las risas inarmónicas les acompañaron con los acordes sonidos de la orquesta. ¡Séales la tierra ligera! En cambio, la sociedad de jóvenes que trabaja en el teatro de la calle de Valverde, ha visto coronados sus esfuerzos, recibiendo continuados aplausos de una numerosa y escogida concurrencia que ha llenado siempre las localidades del coliseo. Despues de varias representaciones de *Hernani* y *Lucia di Lammermoor*, que cada dia han ido saliendo mejor, se ha cantado *Attila*, de Verdi, siendo su ejecucion mas desigual y menor su éxito á causa de las inmensas dificultades que ofrece su desempeño y de lo reducido de la escena; pero esto no ha obstado para que el público les haya manifestado su complacencia, en particular á la señorita Moscoso, á quien ha hecho salir todas las noches despues de haber cantado su cavatina del prólogo y el duo con el tenor en el primer acto. En la última semana se han despedido del público estos jóvenes cantantes por haber terminado su contrata, y la sociedad dió un beneficio á cada una de las partes principales, habiendo elegido la señorita Moscoso la *Lucia*, el señor Hernandez Amores el *Hernani*, el señor Oriola el *Attila*, y el señor Hernandez un concierto. Las entradas han sido muy buenas y han recogido ademas gran cosecha de aplausos; estos modestos artistas han adquirido una buena reputacion y esperamos verlos seguir la senda que se han trazado con la fé que exige su carrera y con la perseverancia que requiere el estudio; de este modo podrán llegar á ser mucho en el mundo musical.

El movimiento teatral para el año cómico entrante es imponderable; hay muchas empresas y todos los teatros se abrirán, Dios y el dinero mediante. El poeta italiano señor Solera está al frente del teatro Real, y marcha á Italia á contratar la compañía; apurado nos parece que se ha de ver dicho señor para traer cantantes de *primo cartello*, que sean admirables en un coliseo donde tanto bueno se oyó el año último; los nombres mas reputados en el arte están ya unidos á otras empresas y se han adelantado; de todos modos nos alegraremos de que el señor Solera, en quien reconoce-

mos disposiciones para director, salga del mejor modo posible del compromiso que contrae con el público. La orquesta es mejor todavia que la del último año; de las segundas partes contratadas nada sabemos todavia.

El teatro Español vuelve á ser teatro del Principe y lo ha adjudicado el ayuntamiento por dos años á los distinguidos actores Romea, Guzman y Latorre, que cuentan en su cuadro con las señoras Lamadrid (Bárbara), Noriega y Palma, y los conocidos actores que siempre van unidos á la familia Romea. Esperamos que este coliseo, con buena direccion, vuelva á ser lo que fué seis años atras, aunque hoy tiene que luchar con la falta de la señora Diez, pérdida irreparable; esta actriz marcha á la Habana, donde no dudamos que va á recoger grandes laureles en su carrera, laureles que irán acompañados de la recompensa pecuniaria que exige su mérito. Matilde Diez va á llegar á la Habana con una reputacion colosal, y no hay duda que los cubanos, entusiastas por los genios, reservan para Matilde un triunfo merecido.

Al frente del coliseo de la calle de Valverde, figura el gran actor don Joaquin Arjona, que atraerá siempre concurrencia á este teatro, tanto porque su mérito es reconocido, como porque le acompaña la eminente actriz doña Teodora Lamadrid, cuya reputacion es hoy inmensa, siendo simpática á los públicos de todas las fisonomías, aun á los mas descontentadizos. Tambien están ajustados el jóven actor señor Osorio y varios artistas de mérito. Sabemos que ya cuentan con buenas producciones de los señores Rubí, Auset, Selgas y otros conocidos poetas.

El actor don Juan de Alba, distinguido por su voz, por sus maneras y por su inteligencia, ha tomado los teatros del Instituto y Variedades, donde alterarán buenas compañías de verso, ópera cómica y baile; en la primera figuran las señoras Rizo, Llorens y Baus y los señores Alba, Catalina, Boldun, Sorzano y Aznar; la señorita Garcia ha sido contratada para la zarzuela, y en la parte coreográfica las bailarinas Vargas, Guilló y Cubas. Con tales elementos no dudamos que esta empresa puede sacar mucho partido, atrayendo al público á sus funciones. Los trabajos empiezan en esta semana, poniendo en escena, en el Instituto, la comedia en tres actos del señor Ruiz Aguilera, *Pretender un imposible ó el Mundo al revés*, y un baile nuevo titulado *Los boleros en la esposicion de Londres*; en Variedades, la misma noche, *Los Pretendientes del dia*, comedia original en tres actos y la zarzuela *Pepa la salerosa*. Seguirán otras comedias originales tambien tituladas *Un don Juan del siglo XIX* y *El navarro en fiestas*. Aconsejamos al señor Alba que tenga mucho cuidado con la eleccion de producciones para que sostenga sus teatros al nivel de los de primer orden.

Los señores Dardalla y Olona han tomado definitivamente el teatro de la Cruz, en cuyo coliseo es probable que alternen dos compañías de verso, una francesa y otra española. En esta última parece que figurará como primer actor y director de escena el señor Calvo. En el local se están haciendo obras de importancia. Deseamos mejor suerte en lo sucesivo á este coliseo.

Ultimamente el teatro del Circo debe abrir sus puertas á mediados de mes con la zarzuela *Tribulaciones*, del señor Rubi, de la cual hemos oido hablar muy ventajosamente, no dudando que el público la patrocinará como patrocina todas las obras de este aventajado y fecundo escritor. Los señores Salas, Fuentes y Gonzalez y las señoras Villó (Elisa), Latorre y Bardán siguen en la compañía este año, habiéndose aumentado con actores entre los que se cuenta el señor Caltañazor. El señor Vega está concluyendo tambien una ópera española que se titula *Jugar con fuego*.

Como lo hemos dicho anteriormente, el movimiento teatral vá á ser imponderable. ¡Ojalá que todas las empresas prosperen! ¡Ojalá qué!... Hemos concluido nuestra Revista: empezamos con un suceso desgraciado y no nos atrevemos á ser, como tendríamos hoy que serlo, profetas del mal: tan tristemente poseídos nos tiene el lamentable suceso de San Sebastian, que nos toca de cerca por estrechos vinculos de amistad.

T. GUERRERO.

ESTUDIOS BOTANICOS.

Sobre las hojas.

En el estudio precedente (1) hemos dicho, que los pelos son órganos de absorcion, lo cual es generalmente exacto; pero en algunas especies, las ortigas, por ejemplo, son verdaderas armas destinadas á rechazar los detrimientos de los animales y aun la mano destructora del hombre. Lo que es mas extraordinario, es que estos agujones punzantes tienen mucha analogia con los dientes de la vibora; como ellos, son puntiagudos, algo corvos, y abucados en forma de canal en toda su longitud; como ellos, están colocados sobre una vejiguilla llena de un licor venenoso, el cual, en el analisis químico, presenta una grande analogia con el veneno del reptil. Cuando la vibora muere, el diente se apoya sobre la vesícula y fuerza el licor á pasar por el canal para derramarse en la llaga, cuando el agujon de la ortiga pica, se apoya tambien sobre la

(1) Véase el numero

vejiguilla, y fuerza el líquido á pasar por el canal para verse en la misma; solamente que las consecuencias de la punzada de la planta son menos peligrosas, porque el virus absorbido es considerablemente menos abundante.

Antes de acabar lo que tenemos que decir del limbo de la hoja, debemos hablar de su sustentáculo ó *pecíolo*, del cual el limbo no es sino una extensión. El pecíolo puede ser *simple*, sin ramificación, y no llevando sino una hoja, ni terminando en zarcillos; si estos lo terminan, se llama *ramoso*. Es articulado, si presenta en sus divisiones ó en sus puntos de atadura

se alarga en punta cambiando de curva lenta ó bruscamente; *escotada*, sesgada; *remellada* ó *retusa*, muy obtusa, casi escotada; *acorazonada al revés*, fig. 46, en forma de corazón al revés; *uncinada*, fig. 17, que se termina por una punta doblada á manera de gancho; *claviculada*, *claviforme*, que acaba en mazita; *apendiculada*, guarnecida de uno ó de varios apéndices; *obtus*, que acaba algo bruscamente; *truncada*, fig. 48, que acaba bruscamente, como cortada al traves; *bífida*, fig. 49, henchida en dos partes largas y estrechas; *bilobulada*, fig. 20, dividida en dos lóbulos.

los alcancen; *bipinatífida*, los lóbulos que tienen otros lóbulos ordenados del mismo modo; *liriforme* ó *á manera de laúd*, fig. 27, oblonga, con limbo entero y ensanchado en su parte superior, dividido en la inferior en varios lóbulos opuestos, y que disminuyen de tamaño á medida que se acercan á la base; *runcinada*, figura 28, dividida en tiras mas ó menos profundas ó agudas, cuya punta está vuelta hácia la base.

Por lo que toca á su *expansion*, una hoja puede ser: *plana*, *convexa*, *cóncava*, *cuculiforme*, que imita un capucho; *gladiada*, fig. 29, parecida á una hoja de espada de dos cortes; *convulvulada*, arrollada manera de cucurucho; *flabeliforme*, fig. 30, doblada como un abanico; *plegátil*, susceptible de pliegues; *ondulosa*, plegada muy finamente; *careñada*, acanalada por encima y marcada por debajo de un ángulo saliente.

Estos son los caracteres que deben estudiarse en la hoja simple. Pasemos ahora á

B.—La hoja compuesta. Llámase aquella cuyo pecíolo se ramifica, ó cuyo limbo está interrumpido por senos hendidos hasta la costilla principal. Las hojuelas que la componen toman el nombre de folíolos, fig. 31, a, a, a. Pueden tomar todos los caracteres de la hoja simple, y se sirven de los mismos términos para describirlas.

Una hoja compuesta es ó *politoma* ó *compuesta articulada*. La primera es la que tiene el pecíolo sin ramificaciones articuladas, y puede ser: *tridáctila*, figura 31, *pentadáctila*, *heptadáctila*, *encadáctila*, ó *polidáctila*, de tres, cinco, siete, nueve ó varios folíolos. Si estos están colocados en las nerviosidades secundarias opuestas, la hoja se llama *pinatiforme*, *bipinatiforme*, *tripinatiforme*, etc.

La hoja *compuesta-articulada*, esto es, con un pecíolo ramificado, puede ser *bifoliada*, *trifoliada*, etc.; ó bien *quinqueradiada*, fig. 32, *septirradiada*, *nonirradiada*, si el pecíolo se divide en cinco, siete, ó nueve rayos que llevan cada uno un folíolo; *pinada*, fig. 33, si los folíolos están sobre pecíolos cortos colocados opuesta y paralelamente entre ellos. La hoja pinada ó *cojugada* puede estar formada de un número variable de pecíolos, y entonces será *biconjugada*, fig. 34, *triconjugada*, *cuadricongugada*, etc., con folíolos colocados de dos en dos, de tres en tres, de cuatro en cuatro, etc., etc. Algunas veces no hay folíolo impar nizarcillos, entonces la hoja es *abruptipinada*, fig. 35, ó *pinada sin impar*. La hoja compuesta se llama también *biconjugada*, fig. 36, cuando los folíolos están de dos en dos, *biterñada*, dos veces de tres en tres; *bipinada*, *tripinada*, *cuadripinada*, dos, tres, y cuatro veces pinada; *tres veces mellizas*, tres veces de dos en dos; *triterñada*, tres veces de tres en tres.

3.º *Prefoliación*. Por esta palabra se entiende la disposición de las hojas en la yema antes de su desarrollo. Los botánicos cuentan catorce especies de prefoliaciones; pero una sola es verdaderamente característica comparada á las otras, es la que han llamado *prefoliación circinal*, fig. 37, la cual pertenece exclusivamente á los helechos y algunas otras plantas criptógamas. En ellas las hojas están arrolladas á manera de cayado ó de espiral, del vértice á la base; en las otras están, ya aplicadas [la una sobre la otra por su cara sin estar plegadas en ningun modo, ya los discos, abrazándose

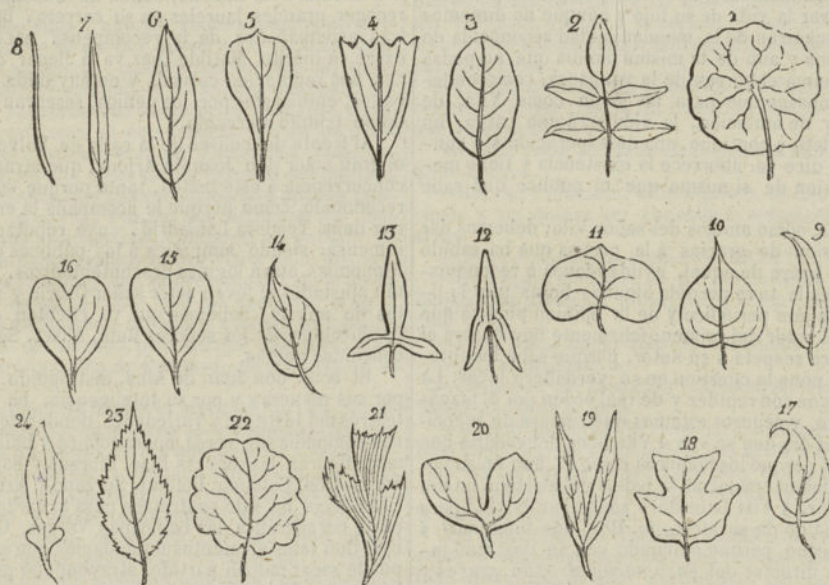


Lámina 4.ª

un rodete, una estrechez, un cambio de dirección, de color ó de sustancia, en fin, una interrupción cualquiera, que lo haga parecer como formado de varias piezas soldadas.

Obsérvase también si el pecíolo es *abrazador*, que envuelve el tallo por su base; *envainador*, que forma una vaina que baja mas ó menos á lo largo del tallo envolviéndole, en cuyo caso se estudia la *vaina*; la cual se mira, si es *entera* formando un tubo continuo; *hendida*, dividida por una hendidura longitudinal, si está coronada en su abertura por una *lengüeta*, *ligula* ó *golilla* membranosa, desnuda, entera, dentada, en franja, etc.

2.º *Especie*. Como hemos visto ya, hay varias especies de hojas, á saber: 4.º *Las hojas seminales* que no son otra cosa que los cotiledones desarrollados; 2.º *Las hojas primordiales* que vienen inmediatamente después de los cotiledones, y que muchas veces tienen una forma particular; 3.º *Las estipulas* colocadas en la base de los pecíolos; 4.º *Las brácteas*, que acompañan á las flores; 5.º en fin, las hojas ordinarias de la planta, llamadas *características*, porque son las que dan de ordinario los caracteres que distinguen las especies: estas son las solas de que debemos ocuparnos, y todo lo que digamos de sus formas puede aplicarse á otras.

Las hojas características son de dos especies: la *hoja simple*, fig. 4, y la *compuesta*, fig. 2.

A.—La hoja simple es la que no tiene sino un solo limbo que se extiende sin interrupción encima del pecíolo.

Considerada, por lo que toca á su *circunscripción*, esto es, á las formas que resultan de su circunferencia, se la llama: *orbicular*, que se aproxima á la figura de un círculo; *ovalada*, fig. 3, igualmente redondeada en las dos estremidades, y mas larga que ancha; *ovalada*, en forma de huevo, la parte estrecha hácia el pecíolo; *aovalada al revés*, en forma de huevo, la parte estrecha hácia el vértice; *oblonga*, varias veces mas larga que ancha; *cuneiforme*, fig. 4, que imita una cana triangular, cuyo vértice es truncado, formando la punta la base; *espatulada*, fig. 5, que se aproxima á la forma de una espátula de un farmacéutico; *lanceolada*, fig. 7, oblonga, insensiblemente estrechada hácia su estremidad, y que figura un hierro de lanza; *linear*, igualmente estrecha en toda su longitud, excepto en el vértice que acaba en punta; *aleznada*, fig. 6, que tiene la base linear y el vértice que se termina en punta prolongada; *capilar*, *filiforme* ó *cerdosa*, fig. 8, muy delgada, que imita un hilo de seda; *falcada*, fig. 9, ligeramente encorvada en el borde hácia el vértice, como el hierro de una guadaña.

Segun que la base es mas ó menos escotada, la hoja es *acorazonada*, fig. 10, en forma de corazón; *arriñonada*, fig. 11, en forma de riñon; *lunada*, escotada circularmente en forma de media luna; *asaeteada*, figura 12, escotada profundamente y que tiene dos ángulos agudos, como un hierro de flecha; *alabardada*, fig. 13, como la precedente; pero el ángulo que forma la escotadura, se ensancha bruscamente como el hierro de una alabarda.

La circunscripción del vértice puede hacer á una hoja *aguda*, puntiaguda; *arregonada*, si se termina por una puntecita delgada y aislada; *acuminada*, que

Si se consideran los *bordes* de una hoja, se la llama: *roída*, fig. 21, dentellada irregularmente, como roída por un insecto; *sinuosa*, con bordes ligeramente flexuosos; *afestonada*, fig. 22, con dientes redondos, sin punta, que forman reunidos inflexiones pequeñas; *aserrada*, fig. 33, que tiene dientes alternativamente mas pequeños y mas grandes, como los de una sierra, mas ó menos agudos; *dobl-aserrada*, dentada finamente en forma de sierra; *espinosa*, aguijonada en franja, con recortes muy finos que imitan una especie de franja; *pestañosa*, guarnecida de pelos; *callosa*, con callosidades secas y duras; *orlada*, *ribeteada*, que lleva varios apéndices.

Una hoja estudiada relativamente á sus incisiones puede ser: *bífida*, *trífida*, etc., *multífida*, de dos, tres, etc., ó varias divisiones estrechas; si éstas son anchas, se la llama *bilobulada*, *trilobulada*, etc., *multilobulada*; si son muy profundas se la llama: *bipartida*, *tripartida*, etc., *multipartida*; *laciniada*, cortada irregu-

larmente en tiras prolongadas; *palmeada*, dividida profundamente en tiras que imitan los dedos de una mano abierta; *pedaria*, ó en forma de pie, cuando pareciendo las dos nerviosidades una contra de piano, se dividen en lóbulos longitudinales; *orejuela*, fig. 24, que tiene en su base dos lóbulos pequeños laterales y opuestos, llamados *aurículas*; *pandureada*, lám. 5.ª, fig. 25, que se parecen al cuerpo de un violín; *pinatífida*, figura 26, oblonga, con escotaduras profundas en los lados que forman varios lóbulos, separándose perpendicularmente de la nerviosidad principal, sin que sus senos

los unos á los otros, se recubren por los lados y vértice; ó están plegadas en dos por su cara interna sin abrazarse, etc., etc.

4.º *Inserción*. El nodo como la hoja, está atada, suministra caracteres específicos muy esenciales. Se mira si está *adherente* ó *continua*, formada por una prolongación de la corteza y que no puede ser separada sin rasgarse; *articulada*, que no está pegada á la corteza sino por una articulación, y que se puede descolgar sin rasgar. Si está sentada, esto es, sin pecíolo, puede ser: *amplexicante* ó *abrazadora*: fig. 38, cuando su

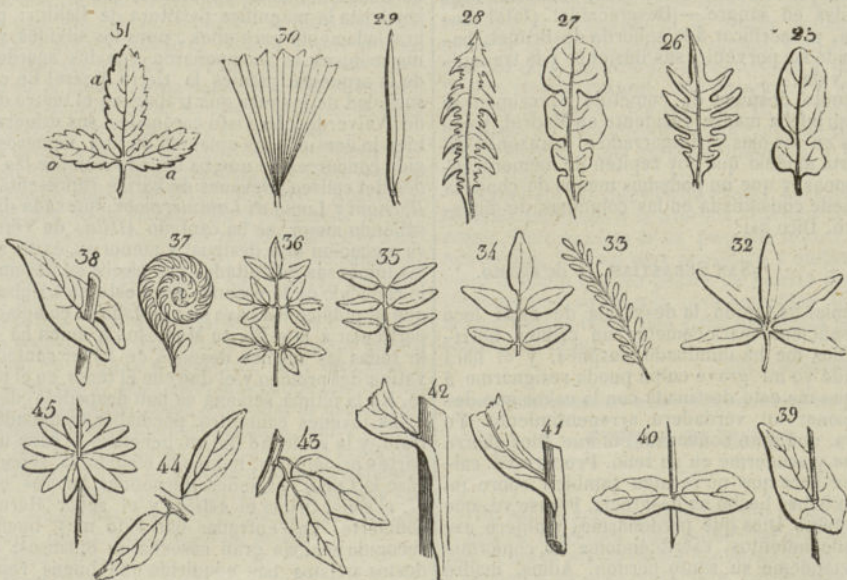


Lámina 5.ª

base rodea todo el tallo, y entonces se dice que es *perfoliada*, fig. 39, si está soldada por los lóbulos de su base de modo que el tallo parezca atravesar su limbo; *connata*, fig. 40, si las dos hojas opuestas están soldadas por su base y parecen formar una sola traspasada por el tallo; *semi-amplexicante*, fig. 41, si su base no abraza sino una parte del tallo; *decurrente*, ó *escurrida*, fig. 42, si la base se prolonga hacia abajo para formar dos apéndices, uno de cada lado; *envainadora*, si la base rodea el tallo y se prolonga en forma de vaina mas ó menos larga.

5.º *Disposicion respectiva* de las hojas. Son *mellizas*, fig. 43, cuando dos están colocadas sobre el mismo punto sin ser opuestas; *desparramadas*, dispuestas sin orden; *tableadas ó de dos carreras*, alternas; pero con mucha regularidad aproximadas de manera que todas las del mismo lado se recubren al acercarse; en *espiral*, dispuestas sobre una línea vuelta en espiral alrededor del tallo y que tiene á lo menos cinco hojas por vuelta; en *hacecillos*, varias reunidas en la misma insercion y que forman una especie de manojito; *recargadas*, aplicadas las unas sobre las otras como las tejas de un tejado; *coronadoras*, cuando nacen en ramillete en el vértice del tallo; *arrosetonadas*, en ramillete en forma de lazo; *alternas* solas sobre el mismo corte, y dispuestas de manera que estén siempre la una de un lado y la otra del otro; *opuestas*, figura 44, colocadas sobre el mismo plano, frente la una de la otra. Estas últimas posiciones son las que se ofrecen ordinariamente.

Las hojas opuestas son algunas veces *verticiladas*, fig. 45, mas de dos dispuestas en anillo alrededor del tallo; y el verticilio se llama *ternado*, *cuaternado*, *quinado*, etc., si se encuentran tres, cuatro ó cinco hojas. Pueden tambien ser *á pares cruzados*, colocado cada por debajo del otro, cruzándose en ángulo recto, de modo que formasen una cruz arimándose los unos á los otros; *á par espiral*, dispuestas como las precedentes, pero sin cruzarse en ángulo recto, como si formasen, si estuviesen arimadas, una X mas ó menos abierta, de suerte que los diferentes pares pareciesen atados sobre una línea que dá vueltas alrededor del tallo, tres, cuatro, cinco, seis pares ó mas sobre cada vuelta ó espiral.

6.º *Direccion*. En cuanto á la direccion que tienen las hojas, pueden ser: *escarozas*, encorvadas ó arrimadas con rigidez; *arrimadas*, aplicadas con fuerza contra el tallo; *erguidas*, levantadas perpendicularmente al horizonte; *enderezadas*, separándose del tallo por la base, y despues enderezándose; *estendidas*, el vértice que se separa horizontalmente de la base; *encorvadas*, cuando lo son de abajo arriba; *recurvadas*, cuando de arriba abajo; *reflexas*, dobladas de repente y que forman un ángulo de arriba abajo; *inflexas*, si este ángulo es de abajo arriba; *revueltas*, rolladas sobre la superficie inferior; *envueltas*, si es sobre la superior; *inclinadas*, erguidas y dobladas bruscamente en el vértice; *oblicuas*, un lado de la hoja enderezado y el otro inclinado hacia la tierra; *inversas*, la cara inferior encima, la otra debajo; *humifusas*, estendidas en todos sentidos; *sumergidas*, las que nacen en el agua, y entonces pueden ser *nadantes*, entre dos aguas; *flotantes*, estendidas sobre la superficie de las aguas.

7.º *Consistencia*. Las dicen: *crasas*, suculentas, *carnosas*; *membranosas*, muy delgadas; *escariosas*,

despues de su aparicion; *marcescentes*, las que se secan en la misma planta, y no ceden sino á nueva foliacion.

De la inflorescencia.

Se da el nombre de *inflorescencia*, á la disposicion que tienen las flores sobre el vegetal que las lleva. Es de dos modos: *la inflorescencia simple*, esto es, la disposicion de cada flor vista aisladamente; la segunda

lo comun oblongo, de flores ó de frutos, dispuestos en varios pequeños grupos ó *hacecillos* que están formados por una ramificacion compuesta y corta, de su eje ó sustentáculo comun. Es de notar que Linneo da algunas veces el nombre de racimo á espigas pendientes compuestas de flores flojas.

—D. *La panoja*, fig. 4, se dá este nombre á una reunion de flores, compuestas de pedunculillos ramificados en la base, prolongados, separados ó muy ramosos: por ejemplo, la avena. Algunas veces se llama una panoja.

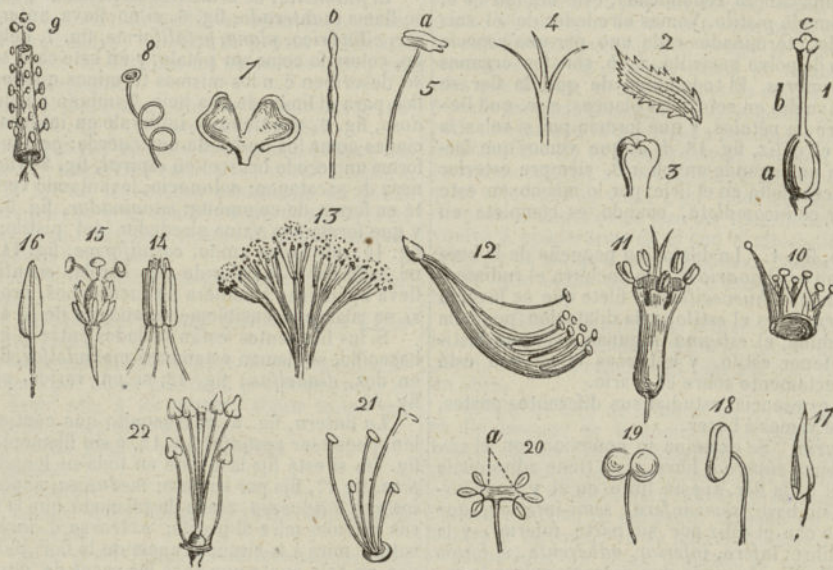


Lámina 7.ª

la compuesta, ó la disposicion de las flores formadas en su totalidad.

1.º *Inflorescencia simple*. Relativamente á su insercion las flores son: *radicales*, las que nacen sobre el cuello de la raíz; *caulinares*, sobre el tallo; *ramales*, sobre las ramas; *foliares*, sobre las hojas; *peciolares*, sobre los peciolos.

2.º *Inflorescencia compuesta*. Todas las disposiciones que toman las flores, pueden reducirse á las siguientes:—A, el *amento*;—B, la *espiga*;—C, el *racimo*;—D, la *panoja*;—E, el *tirso*;—F, el *corimbo*;—G, la *cima ó copa*;—H, el *hacecillo*;—I, la *umbela*;—J, el *verticilo*;—K, el *cefálanto*;—L, la *calátida*;—M, el *estróbilo ó cono*;—N, la *sértula*;—O, el *espádice*;—P, la *glumérula*.

—A. El *amento* ó *trama*, fig. 1,ª, consiste en un conjunto de *hojuelas ó escamas florales*, fijas alrededor de un eje mas ó menos largo, delgado, ordinariamente colgante, de las cuales, cada una recubre uno ó varios órganos del mismo sexo, fijados sobre su base interna, á una distancia notable del eje comun, de modo que cada escama arrancada se lleva los mismos órganos. Se ven ejemplos de él en el avellano, el sauce, el álamo. El amento no tiene nunca mas de un sexo;

—E. El *tirso* ó *toba*, fig. 5, se parece algo á la panoja; es de forma de óvalos, segun Mirbel; en espiga ramosa, cilindrica y vuelta, segun los antiguos botánicos, y como de Candolle, y esta definicion ha prevalecido; en racimo con pedunculillos ramosos, pero los de en medio mas largos que los de las partes inferior y posterior: verbigracia, el lila comun.

—F. El *corimbo*, fig. 6, disposicion de flores tal que el pedúnculo comun lleva pedúnculos secundarios, los cuales, saliendo de puntos diferentes, elevan las flores á poca diferencia á la misma altura. Los corimbos muy irregulares y flojos degeneran en panoja.

—G. La *cima ó copa*, fig. 7, es una especie de umbela, cuyos pedúnculos salen de un centro comun, pero sus otras ramificaciones son irregularmente ramosas, y llegan á la misma altura: por ejemplo, el sauco.

—K. El *hacecillo*, fig. 8, es un grupo de flores rectas, arimadas, que se levantan paralelamente al mismo nivel: esta disposicion, de que nos ofrece un ejemplo el clavel barbudo, no tiene caracteres bien determinados.

—J. La *umbela*, fig. 9, en esta disposicion de flores, todos los pedúnculos iguales entre si, suben de un mismo punto del tallo, divergen y se dividen en pedunculillos que parten igualmente todos de una misma altura, de modo, que la reunion de las flores representan una superficie combada como un parasol estendido.

—I. El *verticilo*, fig. 10, se llama así á la disposicion que toman las flores cuando están atadas en anillo, y de alto en alto alrededor de su sustentáculo. El verticilo es *falso* si está constituido tan solo de las flores que se echan á los lados y forman el anillo, mientras que los pedúnculos son opuestos; *verdadero*, cuando los pedúnculos están insertos en anillo alrededor del tallo.

—K. El *cefálanto*, fig. 11, es un conjunto mas ó menos globuloso y terminal de flores apretadas las unas contra otras, sin pedúnculos particulares manifiestos.

—L. La *calátida* ó *cabezuela*, fig. 12, es la reunion de flores compuestas, sentadas ó casi sentadas sobre un clinanto ó receptáculo comun, rodeado de un involúcro, llamado periferanto por Richard.

—M. El *estróbilo ó cono*, fig. 13, es un compuesto redondeado ú ovalado de escamas coriáceas ó leñosas, que se encajan en todos sentidos de una manera mas ó menos apretada, alrededor de un eje comun prolongado y cubierto con ellas: cada una lleva sobre su base interna los órganos de un solo sexo. El estróbilo y el amento casi no se diferencian sino por la naturaleza de las escamas: por ejemplo, el pino.

—N. La *sértula*, fig. 14, Richard llama así al conjunto de varios pedunculillos uniflorales, que nacen todos de un mismo punto, á corta diferencia, como la umbela: por ejemplo, las flores de la primula auricula.

—O. El *espádice*, fig. 15, reunion de flores de un solo sexo, desnudas, distintas y sentadas, sobre un pedúnculo comun, ordinariamente encerradas en una *espata* ú hoja arrollada á manera de cucurucho: por ejemplo, el *arum* ó *yaro*.

—P. La *glumérula*, fig. 16, compuesto de un gran número de flores, sentadas ó casi sentadas, que forman pequeños grupos apretados y glóbulos, dispuestos á lo largo del tallo.

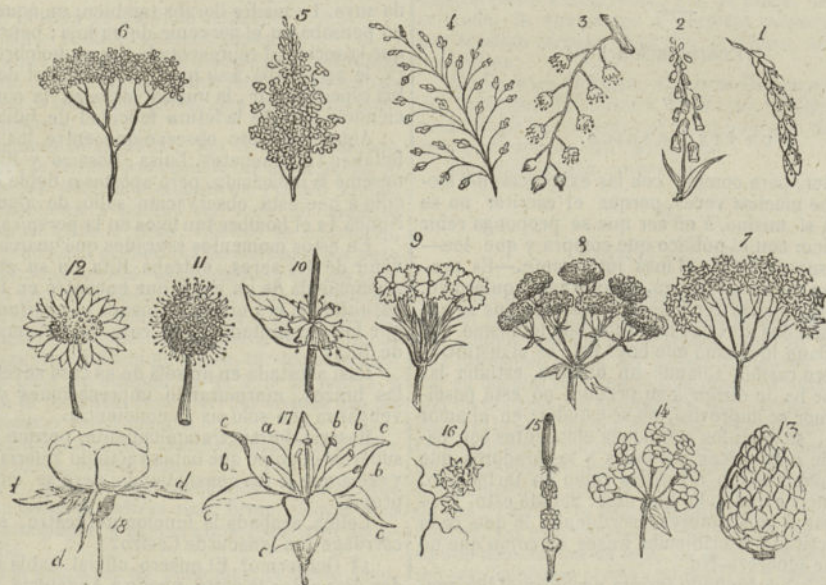


Lámina 6.ª

secas, coriáceas, membranosas, que se desgarran con dificultad; *esponjosas*, de un tejido flojo y comprensible.

8.º *Pubescencia*. Se la caracteriza con los mismos términos que hemos enseñado en el artículo del limbo.

9.º *Duracion*. Se llaman hojas *persistentes*, cuando no caen todos los años, y que por consiguiente son *adherentes*; *caedizas*, cuando se secan y caen cada año en otoño; *caducas*, las que caen poco tiempo

es macho cuando lleva estambres; hembra cuando pistilos.

—B. La *espiga*, fig. 2, es un conjunto prolongado de flores sentadas, ó con un corto pedunculillo, atadas alrededor de un eje comun llamado *raspa*, sencillo, ó no manifiestamente ramificado. Como el amento puede ser macho y hembra, pero muchas veces es tambien hermafrodita, y tiene los dos sexos, estambres y pistilos.

—C. El *racimo*, fig. 3, consiste en un conjunto por

De la flor.

La flor es aquella parte efimera del vegetal, que consiste en los órganos de la fecundación, con ó sin envoltorio, y rara vez solo en éste. Es completa cuando se compone: 1.º de un pistilo; 2.º de estambres; 3.º de una corola; 4.º de un cáliz: é incompleta si le falta una ó varias de estas partes.

Tomemos un lirio por ejemplo, fig. 17; primeramente observamos en el centro de la flor una pequeña columna *a*, puesta sobre una dilatación oval, y que se termina por una cabeza redondeada; este órgano es el femenino, llamado pistilo. Vemos alrededor de él seis filetes delgados, terminados cada uno por una especie de saco lleno de polvo amarillo, *b, b*, son los órganos machos ó estambres. El todo antes de que la flor se abra, está envuelto en seis hojas blancas, *c, c*, que llevan el nombre de pétalos, y que forman por sí solas la corola: pero el cáliz, fig. 18, *d, d*, que vemos que forma en la rosa un segundo envoltorio, siempre exterior verde y foliáceo, falta en el lirio; por lo mismo en este último la flor es incompleta, cuando es completa en la rosa.

Del pistilo, fig. 4. La dilatación pequeña de la base de este órgano es el ovario *a*, que encierra el rudimento de las semillas ó huevecillos; el filete que se levanta sobre el ovario *b*, es el estilo, y la dilatación pequeña *c*, que la termina, el estigma. Algunas veces un pistilo puede no tener estilo, y entonces el estigma está colocado directamente sobre el ovario.

También es esencial estudiar sus diferentes partes, que es lo que vamos á hacer.

1.º El ovario. Se examina su conexión con el cáliz, y se le llama *súpero ó libre*, si no tiene adherencia alguna con el de la flor, si está libre en él y atado solamente por su base; *semi-infero, semi-inferior*, que forma cuerpo con el cáliz por su parte inferior, y la superior es libre; *infero, inferior, adherente*, si forma cuerpo con el cáliz, de modo que parezca colocado debajo, como por ejemplo en la rosa; es *central* si ocupa el centro de la flor; *escentral* si se halla algo hácia un lado.

2.º El estilo. Es único, si solo hay uno para uno ó muchos ovarios; *múltiple*, si hay varios para uno solo. Algunas veces lleva diversos estigmas, y es *diestigma, triestigma*, etc.; *monoestigma*, si solo tiene uno. Se observa su situación, y se le llama: *terminal*, colocado en el vértice de un ovario recto; *lateral*, en el vértice lateral de un ovario; *basilar*, en un ápice en tal manera inclinado que se confunde con la base del ovario, es *incluso*, que no escude el orificio de la corola; *saliente*, si traspasa este orificio y sus divisiones; *simple*, sin división; *hendido*, dividido longitudinalmente en su parte superior; y entonces puede ser *bifido, trifido* etc., *múltiplo*, de dos, tres, etc., ó varias divisiones.

3.º El estigma. Este órgano, colocado siempre en el vértice del pistilo, ofrece un estudio muy importante; se le considera relativamente: (a) al número, (b) situación, (c) sustancia, (d) forma, (e) vértice, (f) borde, (g) división, (h) apéndices, (i) dirección, (j) superficie, (k) coloración.

(a) Número. Todas las flores con diversos ovarios no tienen nunca mas de un estilo, ó un estigma para cada uno. Se llama al estigma, *único, doble, triple* etc., *múltiple*, si el estilo lleva uno, dos, tres, etc., ó varios.

(b) Situación. Es: *lateral*, colocado sobre el lado del estilo ó del ovario; *adversa*, vuelto hácia la circunferencia de la flor; *inversa*, si hay varios y que cada uno mire el centro de la flor; *anterior*, si en una flor irregular, mira á la parte interior de la corola; *sentado*, si el estilo falta.

(c) Sustancia. Es: *caroso*, espeso caroso, compacto, succulento; *petaliforme*, fig. 2, que se parece á un pétalo, como en el iris.

(d) Forma. Puede ser: *globuloso, capilado*, ó á manera de cabeza; *hemisférico*, como la mitad de una bola; *claviforme*, fig. 3, en forma de maza, etc., y en fin, toma todas las formas de una hoja espesa, en cuyo caso se usa de los mismos términos para describirlas.

(e) Vértice. Se le llama *uncinado*, torcido; á manera de anzuelo, *agudo, obtuso, truncado, escotado, semilunado*, si la escotadura tiene la forma de una media luna.

(f) Borde ó contorno. Algunas veces es *dentado, dentellonado*, ó á manera de dientecitos; *afestonado*, con recortes redondeados; *pestañoso*, guarnecido de tiras finas ó de pelos.

(g) División. Puede ser *simple ó dividido*, y en este último caso: *laciniado*, fig. 4, dividido en tiras; *bifido*, en dos tiras estrechas; *trifido, cuadrifido, múltiplo*, en tres, cuatro ó varias; *bilobulado, trilobulado*, etc., si son cortas, anchas, en cuyo caso toman el nombre de *lóbulos, bilaminado*, compuesto de dos láminas; *envainador*, si una de estas dos cubre la otra.

(h) Apéndices. Puede tener un anillo de pelos, un anillo glanduloso, una *urceola*, ó un ribete membranoso.

(i) Dirección. *Erecto ó derecho*, largo y paralelo al eje de la flor; *torcido*, vuelto en espiral; *inflexo*, encorvado hácia dentro; *revuelto*, encorvado sobre él mismo hácia afuera.

(j) Superficie. Puede ser *lampiño*, ó sin pelo; *velludo*, cubierto de pelos blandos y apretados; *pubescente*, con pelos, y en este caso, se le llama *peniciliforme*, con pelos reunidos en forma de pincel ó borla;

aspergiliforme, si están amontonados hácia su parte superior, á manera de hisopo; *plumoso*, si están dispuestos en sus lados como las barbas de una pluma. El estigma puede ser también granuloso, cubierto de papilas, en forma de granitos; *viscoso*, bañado de un licor pegajoso, *surcado*, pasado de sulcos.

(k) Coloración. Se determina su color si presenta una tinta particular.

4.º Del estambre, fig. 5. Es, como hemos dicho, el órgano macho de la flor; y está compuesto ordinariamente de un filamento, *b*, y de un saquillo terminal llamado *antera, a*.

El filamento, de ordinario en forma de pedunculillo, se llama *manterado*, fig. 6, si no lleva antera. Puede ser: *cilindrico, plano, petaliforme*, fig. 7, delgado, largo, colorado como un pétalo, y en este caso sus formas se describen con los mismos términos que los empleados para el limbo de una hoja. También puede ser: *nudoso*, fig. 6, que tiene de intervalo en intervalo dilataciones como los nudos de una cuerda; *geniculado*, que forma un recodo brusco; en *espiral*, fig. 8, vuelto á manera de sacatapon; *columnario*, levantando verticalmente en forma de columna; *envainador*, fig. 9, tubuloso y que forma una vaina alrededor del pistilo; *anular*, fig. 10, que forma anillo, *coroliforme*, fig. 11, que tiene la forma y el color de una corola; *enculifero*, que lleva apéndices á manera de cucuruchos, *proeminente*, si se alarga insensiblemente encima de la antera.

Si los filamentos están soldados entre sí en un solo hacedillo, se llaman estambres *monadelphos*, fig. 9; si en dos, *diadelphos*, fig. 12; si en varios, *poliadelphos* fig. 13.

La antera, fig. 5, *a*, ó saquito que contiene el pólen, puede ser *sentada*, fig. 15, ó sin filamento; *innata*, fig. 16, si está fijada á este en toda su longitud; *basifija*, fig. 17, fija por su base; *medufija*, si por la mitad *intorsa ó adversa*, atada de tal modo que la sutura de sus válvulas mire al pistilo; *extrorsa ó inversa*, si la sutura mira á la circunferencia de la flor; *móvil*, atada por un solo punto que hace las veces de gozne; *vacilante*, atada por la mitad y móvil; *ejeante* que da vueltas sobre su atadura como sobre un eje.

Puede ser: *disforme*, irregular; *didema*, fig. 19, de dos lóbulos redondeados y reunidos por un punto, etc., y en la mayoría de casos se la describe con los mismos términos que hemos empleado para la hoja. Si es *lobulada* ó dividida en lóbulos, se debe observar y describir el *conectivo* de estos, fig. 20, *a*, esto es, aquella parte carnosa que los reune.

Los estambres, que se reúnen todas sus partes, se estudian con relación: 1.º á su inserción; 2.º á su número; 3.º á su conexión; 4.º á su proporción; 5.º á su disposición; 6.º á su longitud comparativa; 7.º á su dirección.

UNA HISTORIA DEL GRAN MUNDO.

NOVELA ORIGINAL

POR D. TEODORO GUERRERO.

PRIMERA PARTE.

UN CORAZON DE HOMBRE.

(Continuacion.)

XI.

UN FIN TRÁGICO.

El escritor, para cumplir con las exigencias del lector, sucumbe muchas veces, porque el escritor no se pertenece á sí mismo, á no ser que se proponga reñir con el público: con el público que compra y que lee— aunque no suele ser éste el mas intolerante.—Es preciso que pase un mes, y pasará, porque así lo quiero yo. Además, ¿qué podría decir de dos amantes que se arrullaban como dos tórtolas hablando hoy lo mismo que ayer, y mañana lo mismo que hoy? Este es el distintivo del verdadero cariño. Cuando un amante estudia las palabras que ha de dirigir á su prenda, no está poseído; en el amor se improvisa, no se estudia: en el amor no se habla, se ama; los arranques elocuentes son patrimonios de muy pocas personas y los oradores que aman son hombres tan repetidos como un tartamudo. La experiencia acredita lo que digo. Sabido esto, ¿había de cansar á mis lectores escribiendo lo que cada cual ha practicado, escribiendo frases de cajón que no hay uno que ignore?—No.

El sol se había ocultado treinta veces en el horizonte, dejando á la corte á oscuras, lo que con menos palabras equivale á decir que había pasado un mes. En este mes ocurrieron muchas cosas.—¿Cuáles son? Allí las veredes.

Síntomas de grandes preparativos se notaban en una casa de la calle del Arenal; muchos curiosos se agolpaban en la acera de enfrente, noticiosos de una fiesta que iba á tener lugar, y las vecinas, ávidas como siempre por saber, y enteradas de antemano, según costumbre, atisbaban por entre las cortinillas, ó algunas mas descaradas, esperaban en los balcones para pescar algo que les sirviese de asunto para la cró-

nica doméstica. El suceso debía ser grande; pues se notaba mucho movimiento.

A las nueve de la noche empezaron á llegar magníficos trenes conduciendo personas de la mas alta clase vestidas por supuesto de *grand tenue*.

A las diez, los salones de la casa en cuestión rebosaban de gente; pero no se oía ese bullicio de un sinnúmero de personas agrupadas; reinaba casi un silencio solemne y todos se miraban esperando algo.

Un momento despues acogió un murmullo de aprobación á una jóven bellísima que se presentó en el salon principal con la cabeza baja y las manos caídas; su aspecto era el de una víctima, y sin embargo, esta muger, abatida en la apariencia, iba á descifrar el gran enigma de su vida, iba á convertir en realidades todas sus ilusiones, iba á hacer palpables todos sus ensueños.—¿Por qué entonces ese recogimiento? ¿Por qué no alzaba la frente, radiante de júbilo?—¡Oh! este es un misterio para las almas raquíticas, para los seres impúdicos. La jóven llevaba en la cabeza y en el pecho unas flores de azahar. ¿Acaso no comprendía que llevaba esas flores por última vez? Aquellas flores simbólicas que la adornaban eran la urna funeraria de su castidad; eran el último adiós á su pureza. Ellas revelan á la muger alguna cosa grande que adivina sin comprender, y que hace palpar su corazón, mas de miedo y de sobresalto que de entusiasmo y de deseos. El matrimonio es el gran poema de la vida; las primeras hojas se leen con avidez: las últimas dicen que suelen ser ilegibles porque cansan.

Julia comprendía su situación.

Cuando entró Miguel con el cura, no le vió, y su madre tuvo que arrastrarla al altar. Allí tenia que pronunciar un *si*, palabra corta, que era su esperanza, su delirio acaso; pero sus lábios temblaban, y temia que no diesen paso á una sola sílaba; una sílaba que rompía las cadenas de una vida, para caer apresada en otras cadenas de flores á la entrada, pero de eslabones férreos, dentro.... Estas ideas son de otros: nunca fui casado: si me equivoque culpése á los maridos quejosos...

Los convidados admiraban la preciosa pareja que se enlazaba. Por hallarse en el puesto de Julia, todas las mugeres solteras hubieran dado diez años de su vida, y de ellas mismas, algunas desahuciadas, veinte. La envidia se entronizaba aquella noche en la sala y cada cual comentaba el gran suceso.

Las viudas suspiraban de rabia.

Las solteras, de envidia.

Las casadas, de emoción.

Las viejas lloraban de entusiasmos, echando una ojeada retrospectiva que las tenia agitadas.

Los niños se impacientaban, echando miradas tierneas al aposento destinado al refresco y los dulces.

Los hombres sonreían maliciosamente y cuchicheaban.... Espantados algunos de la conversión de Miguel de Céspedes, aseguraban que había perdido el juicio, pero todos se hubieran casado con Julia aquella noche: á Miguel le parecía un ángel que quería abrir las alas para cruzar con él las regiones ideales; á los demás hombres, menos inspirados con su hermosura, les parecía una muger suprema muy digna de sacrificarle algunas horas. ¡Oh amor! ¡fantasmagoría de la imaginación!

El cura estendió la mano sobre las cabezas de Julia y de Miguel y bendijo su unión. Eran ya dos cuerpos con un alma ó dos almas con un cuerpo; lo mismo dá.

Julia dió rienda á sus lágrimas y cayó en los brazos de su madre, que la estrechó por última vez como prenda suya. La madre lloraba también; en aquel momento no pensaba en el porvenir de su hija; pensaba solo en que la sociedad representada por un hombre cualquiera, le arrancaba á su hija, y á pesar del dolor que debía experimentar, la misma sociedad la consolaba haciéndole patente la futura felicidad de Julia.

Algun malicioso observó que entre los convidados faltaban tres mugeres: Luisa, Rosario y Rita.—Perdónese me la indicación, pero apostaría doble contra sencillo á que esta observación salió de alguna muger. Nunca va el hombre tan lejos en la perspicacia.

En estos momentos sagrados que marcaban el porvenir de dos seres, entraba Rita en su casa, alegre, acompañada de un jóven que encontró en la calle *por casualidad*: era ni mas ni menos el *puritano* del baile que fué presentado en la casa por el mismo marido de Rita.

Casi acostada en un sofá de su casa se retorcia Luisa los brazos, murmurando imprecaciones y gritos de venganza que solo oía su conciencia.

Rosario dormía tranquilamente, porque haciéndose superior al golpe que había recibido quería consolarse y creía que lo iba consiguiendo; pero se engañaba á sí propia.

Celina, acabada la función del teatro, salió en un carruaje con Ignacio de Castro.

¿Y Guillermo? El misero oficial había abandonado dos dias antes la corte, yendo á Andalucía con su regimiento; es probable que las prosáicas marchas y las caritativas patronas borrasen de su corazón las impresiones de su amor desventurado.—Puede ser que me engañe.

Concluida la ceremonia y la fiesta, los convidados se marcharon, no sin mirar á los novios con maligna intención; y las personas mas allegadas despidieron á Miguel y á Julia que entraron en una silla de posta que llegó á la puerta para conducirlos á París, siguiendo así la moda ridícula de pasar la luna de miel dando tumbos por el mundo.

Cuando Miguel llegó á Francia se creía feliz...—¿Lo

fué siempre?—Hé aquí un secreto que descubriré á mis lectores si llevo á poseerlo.

Ahora solo diré, imitando á un gran poeta francés, que Miguel de Céspedes tuvo un fin trágico: ¡se casó!

SEGUNDA PARTE.

UN CORAZON DE MUGER.

I.

ENTRE LA COPA Y LOS LABIOS.

—A propósito de las carreras de caballos, ¿vió vd. á Miguel de Céspedes? preguntó Guillermo al marqués de Solares.

—Sí: estaba en el hipódromo, pero se retiró temprano.

—¿Esquisito vino! exclamó Morales. ¡Por Dios que me encandila tanto los ojos como la cara de la muger del pobre Céspedes!

—¿Pobre! ¿porqué le aplica vd. ese epíteto? dijo el marqués.

—Hace dos años, cuando se casó con Julia, con vuestra apasionada, teniente, no hubiera faltado Miguel á una comida de amigos; siempre era el primero para una francachela. Eladio, bien puedes dar la queja á Céspedes, porque ha despreciado la participacion de la apuesta que ganaste al marqués. ¡Oh! tu yegua *Arista* vale mas que su *Relámpago*.

—Perdí, repuso el marqués, porque se le antojó á mi yegua tropezar.

—Fiar su dinero á los pies de una yegua es lo mismo que fiar un pájaro á un niño ó su honor á una muger.

—¿Siempre el mismo! prorrumpió Guillermo; nunca puede Eladio Ortega prescindir de sus teorías perniciosas.

—¿Qué quieres? tengo veinte y ocho años. Eres un niño todavía; ya aprenderás con el tiempo á conocer á las mugeres.

—Tengo mas mundo del que piensas.

—Sí, dijo Ortega riéndose; apenas hace tres años que saliste del colegio; has estado dos en Sevilla y con unos meses de corte te figuras que eres filósofo práctico. ¡Mozo, *Champagne!* Bebiendo, te probaré que eres hombre en flor.

—Tengo veinte y un años, dijo el joven teniente, retorciendo su suave bigote y estirándose.

—Contéstame acorde, si es que tu razon infantil se conserva firme, despues de beber esa copa.

—Pregunta, dijo Guillermo apurándola de un trago.

—¡Ha fruncido las cejas! exclamó Morales riendo.

—¿Cuántas veces has amado, Guillermo? le preguntó Ortega.

—Muchas: perdí ya la cuenta. ¿Y tú?

—Ninguna.

—Entonces, soy mas práctico; pruébame, Eladio, lo contrario.

—¿Qué entiendes por amor?... Espera, antes de definirlo, bebe otra copa; no tengas cuidado: el *Champagne* de Sevie y Lhardy es legitimo; bebe para que tu imaginacion se enardezca y no nos definas un amor de batallon: es decir, de reglamento.

—Todos rieron, y el oficial dándose importancia exclamó:

—Para mí el amor es un vicio orgánico.

—¡Bravo por el neófito! gritaron todos.

—Sí, continuó Guillermo sonriéndose; necesito amar como necesito comer, pero prefiero los mejores manjares y las mejores mugeres; ya ves que no soy tan inesperto como piensas.

—Estás demasiado prosaico, dijo Ortega interrumpiéndole; pero te perdono porque no me has hablado de Cupido y de las doctrinas odiosas de Platon. Tienes buenas inclinaciones y podrás ser todo un hombre; pero te ilustraré poco á poco. Cuando te enamores, amigo mio, prodiga el primer día las súplicas, los suspiros y las miradas tiernas; nada cuestan y son los preparativos del plan de batalla. Eres militar y me comprendes; todas las mugeres se rinden á discrecion en sabiendo pelear; si encuentras una plaza fuerte, un corazon algo mas pertrechado de honra, táctica al principio; despues paso de ataque, carga á la bayoneta y pronto ondea tu pabellon vencedor. No olvides que las retiradas á tiempo valen mucho.

—¡Ba! exclamó Guillermo; siento conocer que no eres tú el que me habla, sino el vino.

—¡Voto á!.... gritó Ortega poniéndose de pie; diez onzas al que tenga la cabeza mas firme. ¡Mozo! otra botella de *Champagne* y prepara una cama para acostar á este niño.

—Te cedo la primacia: no bebo mas; te decia esto, porque creo en la virtud de las mugeres.

—¿Su virtud! ¡Su virtud es su frialdad!.... ¡Oh! si; Balzac lo ha dicho: «La virtud de las mugeres es una cuestion de temperamento.»

—No siempre, repuso el oficial; amo á una muger, pura como un ángel, bella como un serafin y ardiente como una fragua.

—¿Julia? tienes razon; es pura porque no le gustas.

—¡Mientes! gritó exasperado el oficial.

—Silencio, exclamaron el marqués y Morales; pueden oírnos: dejad esas cuestiones.

—¿Cuánto tiempo lleva Julia de casada?

—Dos años.

—Apuesto veinte onzas, continuó Ortega, á que pierdo á esa muger.

El oficial apretó los puños y contestó:

—No las tengo, pero las paro.

—Es una locura esa apuesta, interrumpió Morales. Média el honor de una muger.

—¡Escalete filosofía! ¡ahuguémosla con vino! dijo Ortega. Esa muger asesinó moralmente á mi amigo Céspedes; este era un hombre, como todos saben, alegre, de mundo, y ahora es un cazurro. Me acuerdo cuando fui su padrino en el duelo con Castro: ¡qué grandeza de alma! Entonces, era todo: era un hombre; ahora es nada: es un marido.

Apenas habian vertido sus labios estas desgarradoras y satíricas palabras, se abrió la puerta del cuarto de la fonda donde se hallaban los cuatro jóvenes y entró Miguel de Céspedes.

Guillermo, el marqués y Morales se estremecieron; Ortega se echó á reir y continuó señalándole:

—Miradle bien: ese talle no es el mismo de hace dos años; esa barba empieza á encanecer; mirad al figurin que ponía la ley en los salones ostentando un gaban del invierno pasado y un sombrero que deja entrever la grasa que llega atrevida á asomar su asqueroso rostro por el fieltro de las alas.

—¿Qué mal vino tienes, amigo Eladio! dijo Miguel sonriéndose.

—¿Mozo! ¡diez botellas de rom! Quiero vencer á Céspedes en una lucha.

—No: te dispenso, añadió Miguel. Espero me disculpais, amigos, por haber faltado á la comida; pero no he podido dejar sola á mi muger; ahora tengo que acompañarla al teatro del Príncipe.

—¿Al teatro? me alegro: iré á tu palco.

—Como gustes.

—¿Oh! no faltaré.

—Adios, amigos míos: siento no poder disfrutar de tan buena compañía.

—¡Buen viaje! gritó Ortega; diviértete siempre con tu muger á cuestras; si alguna vez me notas sintomas de hidrofobia, di á las mugeres que estoy en el cuarto de hora; solo así será fácil que me case.

Todos rieron á carcajadas.

Miguel salió sin hacer caso de las palabras de Ortega.

Mis lectores concian ya de *trato á Miguel de Céspedes*, al marqués de Solares, á Guillermo y á Felipe Morales; á Eladio Ortega solo de nombre; sus doctrinas, aunque exageradas por la fermentacion del vino, eran las doctrinas del siglo. A los cinco los encontramos en una noche de noviembre de 1848, comiendo en la fonda de Sevie y Lhardy de la corte, para festejar el triunfo de la yegua *Arista* de Ortega, en las corridas de caballos. Dos años habian pasado: nuestros antiguos amigos irán apareciendo poco á poco en mi historia, como sucede despues de un viaje largo. No es culpa mia si algunos han cambiado:—el tiempo y la muger lo cambian todo.

La comida habia concluido. Morales y el marqués conversaban de sobremesa; Eladio cantaba; Guillermo que no habia vuelto á desplegar sus labios se despidió. Alcanzó Ortega en la puerta y le dijo:

—Ve aborrande de tu brillante paga de teniente para que puedas satisfacer las veinte onzas que has apostado conmigo.

—No lo olvidaré, repuso el oficial.

—Ya sabes que Julia va al teatro del Príncipe; allí espero verte. Pelearemos, y si te place, despues que se rinda, la querremos á *perfetta vicenda*. Mañana hay reunion en casa de tu tia: no faltaré. Adios.

—Adios.

Media hora despues, al entrar Ortega en el teatro del Príncipe, distinguió á Guillermo, que desde la luneta dirigia sus anteojos al palco bajo que ocupaba Miguel de Céspedes con su esposa.

La lucha estaba empezada.

II.

TEORIAS DEL AMOR.

Si los hombres nacieran ya casados, como los pájaros, el matrimonio seria una paz octaviana; la polilla del matrimonio son los celibatos, que se han creado una necesidad social de turbar los goces conyugales por su orgullo de hombre á la moda. ¡Cuántos sacrifican en las aras del adulterio á una muger que no les interesa la fibra menos delicada, solo porque la encuentran fácil en su camino, victima de una impresion que no saben comprender! En nuestro siglo, porque es el que conozco, el adulterio es casi siempre una cuestion de amor propio; la muger casada que el hombre deslumbró, las mas veces con los impetus de su cálculo, es una ostentacion de lujo, es la prueba del sensualismo satisfecho que arroja cínicamente á la faz del mundo. ¿Qué le importa á un hombre, aunque no ame, alucinar á una muger con palabras estudiadas de cariño, si al destrozar en aquella lucha un corazon, esconden el suyo para el combate? ¿Qué le importa que sufra con tal que él triunfe?—Nada: en su egoismo matemático cree igual el sacrificio de la felicidad de la muger que le abandona su honra, su vida acaso, con el sacrificio de unas horas, que pasa á su lado; todo le parece recompensado con una caricia, hija, no del amor, sino de la lascivia.

Mi pluma no vierte siempre hiel contra las mugeres, como ellas dicen; hablo de las mugeres, porque algunos conservan todavía que sea digno de admirarse. ¿Qué

tiene el hombre que no sea miseria y depravacion? He aquí por qué no me ocupo de él:—sirvan estas pocas palabras de vindicacion á mis doctrinas. «Entre la gente, nada hay peor que hombres y mugeres» repite á menudo una amiga mia, apasionada de todas las vulgaridades; creo que confunde una necedad con lo que puede pasar por un buen pensamiento. Los hombres y las mugeres son malos: ellos componen *la gente*; pero puede dudarse que hay ángeles en el mundo?... ¿A dónde estan?... No los he visto, mas sé que existen y por sus cualidades se hacen dignos de ese hombre....

Seguramente que no es mi propósito disertar sobre los seres, sino continuar mi novela, refiriendo los sucesos, por si algun lector está interesado en ellos. No se estrañe este prefacio que pongo al capitulo: acaso sirva mas que de adorno: acaso he apuntado alguna idea que ilustre el camino que he emprendido. No se estrañe tampoco que escriba esta segunda parte. ¿Quién podrá negar que lo que refiero puede ser algo mas que una fábula?—No es prurito mio de escribir; es una historia del corazon; si he conocido á Miguel de Céspedes y he estudiado su vida, ¿qué tiene de particular que despues de dos años en que los sucesos se detuvieron, vuelva á apoderarme de él con el absolutismo del escritor, y le traiga á estas páginas, desfigurándolo de modo que todos menos él conozcan el retrato que hago?

Dos años habian pasado. Miguel de Céspedes y Julia se casaron enamorados; esto lo saben mis lectores. ¿Serán felices? Pregunta es esta á la cual respondo con mi obra.

Daban las tres de la tarde en los relojes de Madrid el día despues de la comida en la fonda de Sevie y Lhardy. En un cuarto amueblado con el mas esquisito gusto francés (porque la Francia es la estrella que marca el lujo de la época para nuestro gran mundo) encontramos á Miguel de Céspedes sentado en una muelle butaca y envuelto en su bata de damasco. A su lado ocupaba Julia un sillón teniendo la cabeza recostada en el hombro de su marido. Aquel grupo hubiera inspirado á un artista; pero á los que como yo no son artistas les hubiera despertado esa inquietud que produce la agena felicidad, por quererla para sí.

Julia se habia desarrollado en los dos años que llevaba de matrimonio. Sus formas se habian redondeado y esa *nonchalance* del cuerpo, sello en la muger de la vida conyugal, le daban un aspecto edificante. Su hermosura rayaria en lo divino para cualquier otro escritor menos humano que yo. Me contentaré con decir para ponderarla que Julia era una de esas mugeres supremas, que al presentarse en público producen el efecto de una aurora boreal ó de cualquier fenómeno meteorológico, que siempre se contempla, como poco comun, y siempre se admira, como grande que es. No podrán culparme de la pintura, porque he ido al cielo á buscar la comparacion.—Julia era la reina de salon de la corte.

¿Y Miguel de Céspedes?—¡Ah! Habia tenido razon Eladio Ortega al pintarlo al día anterior con colores tan fuertes. En los dos años de su matrimonio se habia olvidado del mundo, aunque no salia de él, porque ya no le ponía la ley sino que el mundo sabia ponerse á pensar de su despreocupacion. La moda habia perdido su idolo predilecto; á la crónica, hambrienta siempre, la habian robado una joya; la vida de Miguel y sus aventuras habian sido tan notables y tan populares, que la crónica lloró la muerte de Céspedes, porque al casarse se habia acordado de que un marido debia tener juicio, para acreditar que no lo habia perdido del todo al contraer matrimonio. Los tres primeros meses (luna de miel en los términos tecnológico-maritales) Miguel habia sido de Julia. Los nueve meses restantes del primer año y el año siguiente, Miguel habia sido de su esposa. No se crea que esta diferencia es una plumada de hiel; es solo un efecto de la observacion. En el primer trimestre, Miguel como todos (ó la mayor parte de los maridos), al nombrar á su cónyuge decia *mi Julia*, y despues pareciéndole sin duda poco magestuoso, porque la flor que le brindaba el himeneo le iba robando la miel de su corola, empezó á decir *mi esposa*.—¡Oh! estas transiciones de la vida conyugal deben ser horribles para una muger de imaginacion, que ve volar el prestigio del amante, que ve desaparecer la magia del idolo para encontrar al hombre y nada mas que al hombre. Sin embargo, Miguel y Julia eran un matrimonio feliz. Miguel amaba ó mejor dicho consideraba á Julia y Julia amaba ó mejor dicho respetaba á Miguel; estas calificaciones de su intima afecion me pertenecen, porque ni ellos me las comunicaron, ni yo fui á hacerles una autopsia de sus corazones, ni es posible que el escritor penetre en tan sagrado recinto. Es una suposicion gratuita, que está fundada en la práctica. Miguel vivia para Julia y Julia para Miguel; cumplian estrictamente los preceptos del sacerdote que bendijo su enlace. Entonces era Julia para su amante un ángel que volaba con las alas de la ilusion. Ahora era una muger con nervios y susceptibilidades y pequenezes; era, en fin, una muger; pero acaso, y esto le abona, la muger valia positivamente mas que el ángel; ¡como este tiene alas, se escapa tan pronto!...

¿Se turbaba la paz matrimonial?—Lo ignoro. La postura de Miguel y de Julia era la de dos tiernísimos amantes, pues se hallaban reclinados uno sobre otro; pero no se crea que destruye esto mis ideas anteriores; estaban así, *por costumbre*. Algun curioso hubiera podido notar que el ligero tinte que sombreaba naturalmente los ojos de Julia estaba ahora mas subido de color, pero yo que me encanto mirando esas ojeras

sublimas de la muger, no he querido analizar la causa que las promovian... Basta, pues, de digresion y vuelvo á mi asunto para escuchar á Julia y á Miguel que están hablando.

—Me creeria feliz, Julia, si no viniesen continuamente á turbar mis sueños unos fantasmas que me asustan.

—¿Y por qué? Yo no sufro; nada me falta en el mundo, Miguel, y me creo feliz. ¿Por qué sueñas? ¿qué tienes?

—No lo sé; una inquietud continua me atormenta. Temo siempre que alguna desgracia venga á turbar nuestra paz....

—¡Oh! ya lo sé, tienes celos; pero tú lo has dicho; tienes celos de un fantasma; tienes celos injustos del mundo; nada puede atormentarte en realidad.

—No lo ignoro; pero me asusta el mundo. Cada hombre es un enemigo al que siempre me hallo dispuesto á hacer frente. Se me figura que sus miradas te roban algo y me escarnecen. Perdóname: esto es un delirio; si alguna vez me arrebató no es culpa mia.

Julia dió un suspiro sordo y no contestó. Reinó el silencio durante un cuarto de hora y Miguel se puso de pie dirigiéndose á su aposento, donde se vistió.

Antes de marcharse, volvió al gabinete donde estaba Julia y le dió una mano; Julia le presentó la cara y Miguel puso sus labios en los de ella.—Si algun fisiologista del beso hubiese estado junto á los esposos para quilatar aquel producto de dos almas, candentes todavia, hubiese obtenido por resultado lo mas una *satisfaccion*. Yo, que como escritor fui testigo de esta escena, puedo asegurar que les miré los ojos, termómetros del alma, y no les vi marcar un grado mas al contacto de sus labios. ¡Oh!...

Apenas hubo salido Miguel, sin que tuviese tiempo Julia de pensar, se abrió la puerta y entró un hombre en su gabinete.

Volvió la cabeza y al ver á Guillermo se estremeció á su pesar.

Estaban solos. El oficial acercó su silla á la de Julia, que involuntariamente acaso retiró la suya.—Guillermo suspiró.

—¿Qué le pareció á vd. el drama de anoche? preguntó ella.

—Muy bueno, señora; la pasion de Matilde en *Borascas del corazon* lastima al hombre que quiere como yo. Romea supo comprender bien el amor. ¿No lo cree vd. así, Julia?

—Sí; el público lo aplaudió, dijo ella con indiferencia.

—Yo no pude aplaudir; supe solo admirar á un amante feliz.

—No lo es mucho porque ella muere.

—Pero muere de amor, Julia, y muere por él; ¡dichoso mortal! Las mugeres son de hielo: tienen la cabeza donde debian tener el corazon.

—Esa seria una dicha, añadió Julia, procurando sonreirse para ocultar su inquietud y su cólera.

—Ese es un tormento, interrumpió el oficial. El amor que no es comprendido, despues de agotar todo su lenguaje, es la sed hidrópica del alma. Amar por la vez primera y tropezar con un corazon insensible es lanzar la nave á los mares, guiada por un nuevo piloto que la lleva á estrellar contra una roca.

—¿Está vd. poético, Guillermo! exclamó Julia sonriéndose, y mirando con alarma á las paredes de su cuarto, temiendo que se impregnaran con aquellas palabras que podian comprometerla.

—¡Poético! si: con la poesia de la desesperacion; siempre encuentro á la misma muger; ódieme vd., señora; pero no me mire con indiferencia.

—¿Olvida vd., caballero, repuso Julia con dignidad, dónde se encuentra? ¿Olvida vd. que soy la muger de Céspedes?

—Tiene vd. razon, señora; discúlpeme vd. ¡Soy un necio!

—Siento recordar á vd. su deber, pero el mio es antes que todo.

—Lo conozco y me retiro.

Levantóse el oficial y tomando su chacó, hizo una cortesía. Abrióse en aquel momento la puerta y Eladio Ortega entró en el gabinete. Guillermo rechinando los dientes pasó por delante de su amigo sin mirarle.

El criado tuvo que advertir al oficial por donde debia salir, pues su aturdimiento era completo.

Ortega se mordió los labios y saludó á Julia, ofreciéndole con desembarazo una mano que ella aceptó. La jóven le miró con recelo, queriendo adivinar si por casualidad ó con intencion le habia apretado la mano mas de lo regular. El rostro de Ortega estaba impasible. Entre si decia:—He llegado en un momento fatal; él se va aturrido; ella está turbada; ¡malo! tengo que andar al galope si quiero alcanzar á mi cándido oficial.

Tomó asiento y con la mayor impudencia dijo á Julia:—Sentiria tocar alguna cuestion que no me perteneciera, pero encuentro á vd. muy agitada; acaso ese mozaivete se ha atrevido á traspasar el santuario de la amistad? ¿Es exigente?...

—Se equivoca vd., señor de Ortega. Ningun hombre es bastante atrevido para llegar hasta mí.

—¿Quién sabe?—Y luego dijo para sí: «Yo llegaré. Tiene la indole de una virtud salvaje, pero no me engañan esos ojos que me anuncian el llanto de algun sufrimiento. Descifraré este enigma conyugal.»

—¿Se ha quedado vd. pensativo?

—Pienso en la felicidad de los hombres que poseen una muger como vd. sin saber apreciarla.

—¿Por qué no se casa vd.? preguntó Julia, llamando en valde á su sonrisa para disimular su rabia.

—Porque no es vd. soltera. No hay dos mugeres en el mundo que me agraden, como no hay dos soles que me vivifiquen.

—Está vd. muy lisongero.

—Hablo con el corazon.

—Deje vd. quieto el corazon, Ortega; las mas veces es un comodin.

—¿Quiere vd. una prueba? dijo él con exaltacion.

—¿Cómo! ¿Se ha vuelto vd. loco?

Felizmente para Julia, entró Miguel de Céspedes en el aposento, que aunque no habia oido una palabra, no pudo menos de fruncir las cejas al ver á su esposa acompañada de Ortega. Este sin cortarse, aunque maldiciendo la importunidad de la llegada del marido, le dió la mano á Miguel y le dijo con intencion:

—Llegas en buena ocasion.

—¿Por qué?

—¿Has encontrado á Guillermo en la puerta? Acaba de salir. ¡Pobre muchacho! ¡Cuánto le hice rabiarse en la fonda!

—¿Ha estado Guillermo? preguntó el marido haciendo un gesto.

—Sí, dijo Julia ahogando un sollozo.

—¿Es decir, prorumpió Miguel colérico, que ese niño necesita que lo mate! ¡La culpa es tuya, Julia! ¿por qué le admities en tu cuarto? ¿No sabes que le odio? Te amaba y ahora quiere jugar con mi honra.... ¡Miserable!

Julia temblaba y tenia los ojos fijos en el suelo. Ortega como hombre que conocia su posicion, se retiró á un lado y se dispuso á no intervenir en aquella escena que se le presentaba como buscada para sus designios.

Pasados algunos segundos, era muy critica la posicion de los tres, y conociendo Ortega que habia pasado el chubasco, se despidió á medias y salió.

Julia miró á su marido y con voz entrecortada le dijo:

—Miguel.... ¿qué has hecho?

—No lo sé.... perdona, Julia; estos arrebatos continuos de mi caracter son hijos de los celos, que se gozan en clavarme sus aceradas garras. Te amo y temo perderte; me horroriza tanto como esta desgracia el ridiculo; si, la idea del ridiculo me persigue sin cesar.

Julia lanzó un suspiro profundo; aquel egoismo de hombre lastimaba su candidez de muger; supo adivinar que los celos robaban la pasion de su marido y temia las consecuencias.

Miguel se dejó caer en el sofá y los dos esposos permanecieron en silencio hasta que llegó la hora de comer.

En la mesa comieron poco y hablaron menos.—Estaban muy preocupados para pensar en comer; estaban muy resentidos para poderse hablar.

(Se continuará.)

ITALIA.—CARACTER DE SUS PUEBLOS.

No hay pueblo en Europa menos conocido que el italiano, á pesar de ser el mas frecuentado por los viajeros y descrito por los aficionados; pero la atencion del extranjero parece que únicamente se dirige á examinar las bellezas de la naturaleza, sus monumentos históricos y las maravillas artistas que encierra en su seno.

Trabajo infructuoso seria querer pintar el estado social de la Italia si no se tomase por punto de partida la coexistencia de un pueblo vencedor con otros pueblos vencidos, y lo mismo referir lo que la Italia tiene de comun con las demas poblaciones romanas del Mediodia de Europa, sin observar cuál es la consecuencia de la forma peninsular, y en parte, circular de Italia, y de su subdivision en diversas corrientes y vahías.

No hay mejor prueba de su fondo escelente y vivaz, que lo que individualmente podemos hallar en la inmensa mayoría de esas desgraciadas poblaciones. Todo al parecer conspira para oprimirlas y envilecerlas, hasta el recuerdo de su pasada grandeza. Semejante recuerdo obra en las naciones de la misma manera que el ópio; tan pronto como escitante como soporífero, segun sea el modo de administrarlo. Con todo, su sávia siempre fermenta: que se les dé una existencia análoga á sus necesidades y entonces se mostrarán dignos de sus abuelos y de sus contemporáneos. Las buenas cualidades les pertenecen, los defectos y las desgracias son propias de las circunstancias.



Danza campestre en el barranco de Grannano, reino de Nápoles.